

Editorial

Un año después volvemos a tener entre las manos un nuevo número de *La Madeja*.

Hay que remarcarlo porque en estos tiempos del ciberespacio cada vez es más extraño: esta revista se puede tocar... Éste, el número 3, que en realidad es el cuarto número (recordad que cometimos «el fallo» de hacer un número 0 para tener que estar liadas con los números toda la vida), podríamos decir que supone ya una cierta estabilidad del proyecto. Y es que, aunque siempre andamos en la cuerda floja en cuanto a lo económico –como casi todos los proyectos autogestionados–, después de tres años hemos logrado consolidar un equipo de redacción de cinco personas y una importante red de colaboraciones, así como tener una definición más clara del tipo de revista que queremos hacer (lo de a quién se dirige nos tememos que seguirá siendo algo bastante indefinido, aunque eso nos gusta: no cerramos puertas). Tal vez ahora nuestros objetivos sean llegar a más puntos de venta y ampliar el número de personas que se implican en darla a conocer, pero, sobre todo, aumentar los espacios de encuentro e intercambio con la excusa de presentar la revista, que era uno de nuestros propósitos iniciales. Así que, ya sabéis, si tenéis ganas de charlar un rato sobre el tema del último número, sólo tenéis que decírnoslo... y, por qué no, venir a arroparnos, discutir y compartir cada uno de los paisajes donde nos encontremos, para mirarlos y mirarnos, transformarlos en nuestros y transformarnos en ellos.

Antes de presentar el conjunto de artículos que forman este número, queríamos explicaros su origen. Y es que, una vez decidido que los números serían monográficos, tuvimos una idea: ¿por qué no alternar temas más trabajados tradicionalmente por los feminismos con otros tal vez menos abordados desde estos? Y así, en la lluvia de ideas que solemos tener para decidir el tema del siguiente número, salió la palabra *paisajes*. Y nos llamó la atención: no sólo era una temática en principio lejana al feminismo, sino también algo que podía sugerir tantas cosas... Rápidamente, aunque no solemos hacer mucho caso a la RAE, buscamos la palabra en el diccionario: «extensión de terreno que se ve desde un sitio». Eso significaba que el paisaje tenía que ver con la mirada y con la persona que mira, con quién es y desde dónde mira, con qué elige mirar... Interesante, ¿no?

Como en anteriores ocasiones, después tocó abrir el círculo e invitar a otras personas para que nos hablasen de paisajes. A algunas les hicimos peticiones concretas –conocíamos hacia dónde suelen dirigir su mirada– y a otras les pedimos propuestas invitándolas a dejarse llevar por el tema –claro que también confiábamos en sus ojos–. El resultado es un puñado de aportaciones que nos invitan a detenernos en distintos paisajes, a mirar de otro modo lo cotidiano y lo lejano, a defender lo que nunca debiera ser objeto de consumo, a reflexionar sobre las fronteras, significados y vivencias de lo prohibido, a desenmascarar paisajes viejos en lo aparentemente nuevo, a reivindicar el arte que transforma nuestros pasos, a buscar horizontes y sueños, a poner sobre la mesa lo invisible, lo injusto, a crear otros espacios, e incluso a mirar sin ojos, porque a veces *vemos* más con los ojos cerrados.



Y tú, ¿qué opinas? 4

6 En la ciudad

El paisaje: la mirada como derrota 8

10 La conquista de los paisajes prohibidos

Blogueando al Ángel del hogar:
diseño y consumo doméstico en la era del 2.0 13

16 Trazos que hacen paisajes.
O sobre el arte feminista y sus acciones
públicas/políticas

19 Re-lectura de lo prohibido:
¿la parte oscura de la sexualidad?

Habitar cuerpos prohibidos 22

25 Buscar horizontes en paisajes dolientes
Territorio de silencios 27

30 Sueños de antes de despertar
Publicidad 32

34 La cegada
Sentido y sensibilidad 36

38 Habitaciones de servicio.
Cama adentro

De recuerdos y revueltas 41
Crónica de un amanecer

45 Paisajes políticos

Cuando cuidar el paisaje 47
es cuidar la vida...

50 Estación de Kenitra, un minuto
de parada

Paisajes fílmicos. 52
Material sensible a la luz

55 Personaje anónimo #7
Paisajes sonoros 56



cambalache feminismo

Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.
Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local de la asociación, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:
C/ Martínez Vigil 30, bajo.
33010 – Oviedo
Tfno.: 985 202292
www.localcambalache.org
lamadeja@localcambalache.org

Equipo de redacción: Lorena Fioretti, Celia García López, Laura Gutiérrez, Inés Herrero Riesgo e Irene S. Choya.

Diseño y maquetación: Amelia Celaya.

Imprenta: La Cooperativa.

Colaboraciones: Isabel Alba, Santiago Alba Rico, Carmen Camacho, Laura Casielles, Carolina Checa Dumont, Amelia Celaya, Cruz García Casado, Alba González Sanz, Iván Erdociain Gil, Agenbite of Inwit, Dolores Juliano, Susanna Martín, Luis Melgarejo, Pedro Menéndez, Daniela Ortiz, Noelia Palacio Incera, Susana Real Martínez, David Eloy Rodríguez, Eduardo Romero, Job Sánchez, Cristina Villalba Augusto.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo **licencia copyleft**; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org.



Esta sección nace con la idea de abrir un diálogo con quienes leen la revista. Nos ilusiona saber qué piensan quienes nos acompañan en esta aventura.

Susana,
radialista.

Para mí tiene que ser al aire libre, en las plazas, las calles, los mercados, el mar... todo aquel sitio donde corra libre el aire y por lo tanto las ideas, las pasiones, donde las emociones no encuentren obstáculo y el cuerpo fluya. Debe contener un balance entre azules y verdes (entre mar y sierra). Algo de brillo en los grises si es ciudad, porque más allá del asfalto hay gente que te sorprende a diario. De tonos violetas, porque es allí donde se reflejan las amigas, las ancestras y las mejores compañías. ¡Ah!, y una radio donde suenen voces de todos colores.

Claudia,
49 años,
argentina.

Una ráfaga multicolor (con toques lilas, ¡obvio!), que acaricie, abrace, pero no asfixie.

Nacho
Álvarez
Lucena.

Para mí un paisaje feminista es perspectiva, espacio y movimiento, es decir, ¿desde dónde me sitúo para observar un contexto de desigualdad, que está en constante movimiento y sobre el que es irrenunciable la acción? Y me sitúo desde el feminismo y es desde allí que proyecto una representación de una realidad diferente, diversa como cada una de nosotras y, por supuesto, más justa.

Ana
Álvarez,
29 años.

Son las cinco y treinta minutos de la mañana, el despertador está a punto de sonar, pero yo me levanto un poco antes. Pongo la cafetera y me doy una ducha. Me visto. Pongo un poco de café en una taza de colores que me compré en una de mis múltiples visitas a Granada y me asomo a la ventana. Doy un sorbo, y al mismo tiempo amanece... Cada amanecer podría configurar un paisaje feminista.

Diálogos cruzados. Un espacio reapropiado, digamos que un bar. Cuatro mujeres sentadas alrededor de una mesa, redonda o cuadrada da igual. Una con su copa de vino blanco, en sus cuarenta y con un aire aburguesado, pero de ese aire que solo puede venir de una revolución. La segunda rondando la treintena, pelito corto, inteligente y ganas, muchas ganas. La más joven, la más impaciente por el cambio a mil palabras por hora, sin saber cómo parar, cómo sacar idea a idea. La última, un poco mayor que la penúltima y con un desaliño medido, admira, escucha y se divierte. Todas con gafas, críticas, imperfectas pero con un profundo sentimiento de justicia social.

Hemos pedido a varias personas que opinaran acerca del tema de este número a través de la pregunta: *¿qué es para ti un paisaje feminista?* Es ésta una pregunta amplia, llena de posibilidades y que nos invita a dejar volar la imaginación. Aquí, algunas de las respuestas recibidas:

Como pasajeras de un tren, mi paisaje feminista ha ido cambiando según la dirección del tren y la ventana desde donde mirase. En ese viaje, también me han insinuado cosas lxs compañerxs de viaje, con lxs que me he cruzado, y que de alguna manera me siguen acompañando en la vida. Mi paisaje feminista está construido por esos encuentros y desencuentros con mis compañerxs de viaje y conmigo misma.

Esther
Moya,
31 años.

Tal vez, sólo tal vez, sea un no-lugar donde no esperemos la mirada aprobatoria del otro, de la otra, para gustarnos. Tal vez, sólo tal vez, sea un no tiempo cuando el *tic-tac* de la posibilidad reproductiva abandone su función definitoria. Tal vez, sólo tal vez, sea una no-persona que *esté*, sin esencialismos, sin el verbo *ser*. Desorientación en tiempo, espacio y persona, que diría la medicina...

Ana
García
Fernández.

Al llegar al centro infantil, Dake ayuda a bajar a lxs niñxs mientras una orgullosa Pabli espera ansiosa por la jornada que ha preparado para ellxs.

Nadie parece preocuparse por las presentaciones de cada quien, no parece ser exigencia clasificar ni ser clasificadx...

Un paisaje amigable, no complaciente ni romántico. No idílico, sí altamente sexualizado. Cuerpos libres, disfrutables. Deseos sexuales expuestos orgullosamente como los gustos musicales.

Un paisaje feminista asociado a un régimen comunitarista, donde tengamos acceso y disponibilidad de recursos y estructuras para desarrollarnos, crecer, producir, crear, gozar, reírnos y ser felices.

Cecilia Re,
cordobesa,
feminista,
49 años.

Un paisaje feminista debería tener unos horizontes muy amplios, aunque no por ello el relieve tuviese que ser homogéneo o previsible. En los distintos caminos que se perdiesen en este amplio horizonte, el encuentro con la gente y el aprendizaje común serían la comida y la bebida que nos permitiesen seguir avanzando.

Marcos
García.

Si quieres darnos tu opinión sobre este tema o proponer otro para el próximo número, puedes escribirnos al siguiente correo electrónico:
lamadeja@localcambalache.org

En la ciudad

Irene S. Choya

Cada cual muestra sus documentos de dolor, las astillas que le tocan en los huesos.

David Eloy Rodríguez



*Mirar con ojos extraños tu propia ciudad.
Detenerte.
Encontrar rincones bellos.
Otros sólo para ti:
algo cambió aquel día allí.
Pero lo que no querías ver no está lejos.
Y te asomas.*

I

Las rumanas de la casa de al lado, aunque tienen patio, sacan sus sillas a la puerta.
–Se creen que la calle es suya –murmura una señora.
–Mira, como hacíamos antes –diría mi abuela sonriendo.

II

Un hombre yace en el asfalto. Varios coches lo esquivan. Alguna gente lo mira de reojo mientras aprieta el paso. Tiene una herida en la cabeza. Tal vez sólo está borracho. Tal vez –como dice alguien– es un delincuente. Tal vez. Pero su sangre es roja.



III

Dos viejos charlan con un transistor de fondo en un banco del parque.
Entrañable –piensa–. Tener tiempo para conversar.
–¡Guapa! Ven aquí un rato con nosotros.
–Qué maja es...
Hacen un hueco entre ellos, y ella, sonriendo, se sienta.
–Tengo unas manos más maleducadas... –dice uno.
–No te vayas –dice el otro–. Que te juro que yo no te voy a hacer nada.

IV

Se ha muerto el perro de mi vecina. No ha vuelto a salir de casa. Sabe que se arriesga a que la llamen loca si pasa las horas paseando por el barrio buscando un poco de conversación.

V

Una esquina cualquiera. Si no fuera porque alguien la ocupa. Está sentada. Una mano extendida mientras la otra esconde la cara. Hay cosas a las que es difícil acostumbrarse.

VI

–Carmen, tu hijo está otra vez jugando con esos chicos.
–Ramón, ven aquí. ¿Qué te he dicho? Que no te acerques a éstos.
–Ay, hija, si yo no soy racista. Pero es que cada vez hay más, ¿verdad?
La amiga de Carmen asiente con la cabeza y traga saliva. No puede evitar recordar que su padre y su madre también fueron *demasiados* en otro lugar.

VIII

Aquí había un cine. Y allí un kiosco. Más abajo estaba la tienda de Paco, que arreglaba zapatos. Y enfrente la de la Justina, la frutera. En esta plaza parábamos mucho. Incluso tenía fuente. ¡Anda que no habré corrido yo detrás de vosotros por aquí! Ahora ya no queda nada de todo eso. Pero está más bonita, sí.

IX

Los parques de noche te asustan. Demasiado silencio. Demasiado oscuro. Sabes que no es verdad. Que es una más de las mentiras que nos contaron para que nos quedásemos en casa. Triste tener miedo a oír tus pasos firmes. Lo sabes. Pero das un rodeo.



Fotografías | Irene S. Choya

El paisaje: la mirada como derrota

Santiago Alba Rico

Lo que define la cultura humana —he escrito a menudo— es el trabajo permanente por mantener firmes las fronteras entre tres tipos de objetos: las (cosas) de comer, las de usar y las de mirar. Pues bien, la naturaleza misma, como fuente y contrapunto de la humanidad, puede ser abordada a partir de este triple criterio según lo que busquemos en ella; y, en este sentido, podemos hablar, por tanto, de Naturaleza, de Territorio y de Paisaje.

La Naturaleza es ese conjunto de leyes y fuerzas que los humanos han combatido siempre dentro y fuera de sí, como amenaza y necesidad, y cuyos ciclos, repeticiones y procesos alimentan sin distinción el color de las flores y el hedor de la muerte.

El Territorio es ese pañuelo de recursos, condición de la supervivencia, que los humanos se disputan entre sí con arados, perforadoras y misiles, y en el que clavan sus dientes y sus banderas.

El combate contra la Naturaleza y la disputa del Territorio ha llevado a la derrota de los procesos de la vida, a los que ahora tenemos que sostener desde fuera para que sigan sosteniéndonos desde dentro: hasta tal punto hemos perdido el miedo a los rayos y a los leones, y a la tenia venenosa del hambre, que hemos sucumbido también a la ilusión de haber vencido al deseo —lo que Freud llamaba «instinto de muerte»—. «Cosa de comer» y «cosa de usar», la naturaleza se debilita tanto ante nuestra fuerza que sólo demasiado tarde redescubriremos que formamos parte de ella.

Luego está el Paisaje, es decir, la naturaleza como «cosa de mirar», eso que los romanos llamaban *mirabilia*, «maravillas», los objetos dignos de ser mirados. No está claro que esta forma de tratar los árboles, las montañas y las nubes —como una relación integrada de elementos dependientes entre sí— haya sido siempre una evidencia para el ojo humano. Se diría más bien que el descubrimiento del Paisaje, como el del amor, tiene una historia reciente. Se diría —aún más— que la lenta formación de su autonomía visual es paralela, por una paradoja nada extraña, a la creciente centralidad del ser humano en el universo y a su control sobre los ciclos de la vida. Cuando la naturaleza era la fuente divina de todos los terrores y todas las bendiciones, nuestros antepasados rupestres, atrapados en ella, pintaban sólo cazadores y animales. De Giotto a Rubens, en una época en la que el alma estaba fuera del cuerpo y el creador fuera del mundo, el Paisaje aparece por primera vez, pero sólo como fondo o regazo divino en el que discurre la escena bíblica o mitológica escogida por el pintor. Hay que esperar precisamente al Romanticismo —inseparable de la Ilustración y de la Revolución Industrial— para que Friedrich, Turner o Courbet conviertan al Paisaje

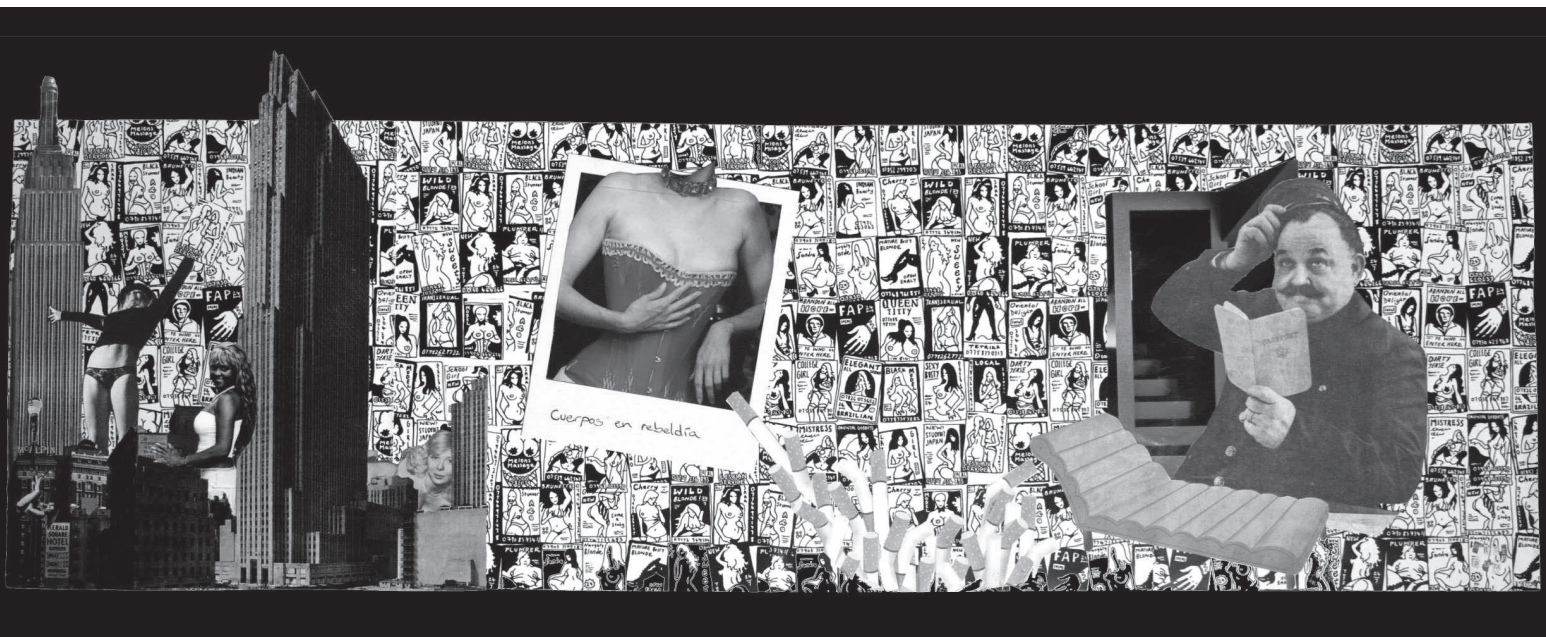
En el Paisaje, la naturaleza sólo se presenta en su ausencia, como nostalgia o como enigma; es decir, como belleza.

en el objeto mismo de la mirada. El cazador vivía en la Naturaleza; el campesino en el Territorio; el moderno burgués, desde el siglo XIX, en el Paisaje.

Podemos decir, pues, que la existencia misma del Paisaje, incluso en sus expresiones más turbulentas o ruidosas, implica el distanciamiento y el dominio de la naturaleza. Frente a él, como frente a la ruina pero a la inversa, sentimos toda la melancolía de nuestra victoria y toda la melancolía de la derrota del enemigo, sin el cual no podemos vivir. Lo que nos atrae ahí —contemplando el valle irregular desde la cumbre del cerro— es una pérdida; en el Paisaje, la naturaleza sólo se presenta en su ausencia, como nostalgia o como enigma; es decir, como belleza. ¿No necesitamos este crimen? Al contrario. Hay una prueba paisajística de la existencia de los dioses; y hay una prueba paisajística de nuestra fragilidad humana; y hay una prueba paisajística de la realidad insuperable del cuerpo de Laura o de Jacinto.

El problema es saber mirar. Si la mirada es una pérdida, hay que saber conservar al menos la pérdida misma. No podemos vivir —ni cuidar nada— sin nostalgias y sin enigmas. Y el capitalismo, que ha erosionado hasta la fusión la diferencia entre cosas de comer, cosas de usar y cosas de mirar y que no distingue entre una manzana, una azada, un misil y el Himalaya, ha convertido también la pérdida de la naturaleza que llamamos Paisaje en un objeto de consumo o, lo que es lo mismo, de digestión banal. La victoria capitalista sobre la naturaleza conserva algunas reservas (como se habla de «reservas indias») en las que la naturaleza, como un lienzo, lleva impreso en el marco el título que permite al turista reconocerla sin amarla o extrañarla: «naturaleza» (mucho más sofisticado que el «esto no es una pipa» de Magritte). El proceso de dominio, en una última vuelta de tuerca, acaba lejos de la melancolía como vínculo, en esas marcas y citas a pie de página que jalonan el camino: «sendero rural» para subrayar el ya-no-es-un-sendero y «mirador panorámico» para formatear la mirada del hambriento y «conjunto etnográfico» para fijar para siempre la falta de vida de un molino y una casa de piedra y «ruta paisajística» para que el Paisaje se convierta en su negación; es decir, en el plato de un menú.

Todo Paisaje ante nuestros ojos es destrucción y construcción. Es la destrucción de un vínculo animal; es la construcción de un vínculo visual. Lo propio de la cultura humana es luchar contra los primeros sin desengancharse jamás; y reforzar los segundos como último vínculo enigmático —el de la belleza misma— con un mundo que depende de nosotros conservar. ●



Cristina Villalba Augusto

La conquista de los paisajes prohibidos

Dolores Juliano

Un paisaje es un espacio observado, culturalizado, es decir, sujeto a normas sociales y a juicios de valoración. Al espectáculo de los paisajes visibles se superpone el mapa invisible, pero operante, de los paisajes sociales con sus prohibiciones y tabús. En todas las ciudades hay lugares recomendables, aptos para recorrer, y otros que se consideran peligrosos o inapropiados, llenos de amenazas latentes para todos, pero especialmente para las mujeres.

Pero las prohibiciones y temores no son barreras insalvables, las personas utilizan, con cierto recelo, esos paisajes prohibidos. Es una transgresión, aunque pequeña, un desafío a los propios temores y a las micropolíticas del poder, descritas por Foucault. Constituyen «procedimientos populares minúsculos y cotidianos que juegan contra los mecanismos de la disciplina»¹.

El rechazo oculto y fraccionado de las políticas dominantes se da en distintos niveles. Desde los macro, que pueden abarcar grandes zonas, hasta las micro rebeliones domésticas o juveniles. Tanto las políticas de dominación como las de resistencia se realizan en espacios concretos. Así se configuran paisajes con acceso franco o paso restringido según el poder del grupo que los utilice.

Disponer o no de un ámbito propio implica posibilidades de resistencia diferentes, como bien lo conocen los pueblos que buscan salvaguardar ámbitos de autonomía reclamando territorios desde donde ejercerla. Pero no todos los grupos disponen de esta posibilidad, y si hablamos de las relaciones

Un paisaje es un espacio observado, culturalizado, es decir, sujeto a normas sociales y a juicios de valoración. Al espectáculo de los paisajes visibles se superpone el mapa invisible, pero operante, de los paisajes sociales con sus prohibiciones y tabús.

de género vemos que las mujeres tradicionalmente han carecido de un refugio territorial seguro. Más aún, es en el seno del propio hogar, donde teóricamente sería su reino, que las mujeres sufren el mayor número de agresiones. La casa no es un lugar que organicen de acuerdo a sus propias necesidades sino, en la mayoría de los casos, un lugar donde prestan servicios a los distintos integrantes del núcleo familiar. Así ese territorio funciona más como una jaula que como una fortaleza.

Un lugar propio es aquel que puede usarse autónomamente y a partir del cual enfrentarse a las imposiciones ajenas, y éste no suele ser el caso en el ámbito doméstico (Murillo, 1996)². Hay una gran diferencia entre las prácticas de resistencia que se realizan desde un lugar propio y las «que no pueden contar con un lugar propio, ni una frontera... Lo “propio” es una victoria del lugar sobre el tiempo... al no disponer de un lugar... Lo que se gana no se conserva»³. Esta es una situación propia de la subcultura femenina, que ya denunció Virginia Woolf cuando hablaba de la necesidad de disponer de una habitación propia si se quería obtener algún tipo de independencia y creatividad (Woolf, 1985)⁴.

Pero la utilización diferenciada por géneros del espacio se da también y preferentemente en el ámbito público. Sobre todo en las ciudades, donde solía haber espacios «inconvenientes» para las mujeres «respetables», que configuraban paisajes prohibidos o vividos como tales, sobre todo por la noche. Desde siempre los grandes conglomerados de población han albergado en sus huecos actividades marginales y sectores discriminados. La prostitución, especialmente, puede considerarse como un fenómeno urbano que marca espacios asimétricos, separando los correctos de los contaminados. En efecto, en la ciudad se condensan y se hacen visibles las relaciones sociales, con sus conflictos y sus jerarquizaciones. Como se ha señalado (Signorelli, 1999)⁵,

¹ DE CERTEAU, Michel (2007), *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, p. XLIV.

² MURILLO, Soledad (1996), *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.

³ DE CERTEAU, M. Op. Cit., p. L.

⁴ WOOLF, Virginia ([1929] 1985), *Una cambrá propia*, Barcelona, Grijalbo.

⁵ SIGNORELLI, Amalia (1999), *Antropología urbana*, Barcelona, Anthropos.

Si hablamos de las relaciones de género vemos que las mujeres tradicionalmente han carecido de un refugio territorial seguro.

para otras, por lo que se constituye en centro de atracción (y de riesgo de explotación) para todo tipo de marginados sociales, que a su vez marcan como contaminantes las zonas que ocupan.

Las ciudades no son concentraciones amorfas, tienen su lógica organizativa y en ella se incluyen sus zonas negadas, contrapartida de sus áreas monumentales. Las funciones consideradas nobles, como el poder político, el comercio y la religión se sitúan en las áreas centrales, mientras que las actividades sin prestigio o rechazadas se desplazan a la periferia. Pero a lo largo de sus prolongadas existencias, las ciudades sufren complejos procesos de transformación y reacomodaciones. Las zonas más antiguas acumulan viviendas deterioradas y poco a poco son abandonadas por la población que dispone de recursos económicos. Esto genera enclaves de pobreza en las zonas céntricas, que suelen coincidir con los ámbitos tradicionales de prostitución. Así el trabajo sexual no sólo implica determinadas actividades, ciertos usos del cuerpo y de las relaciones sociales, sino también ámbitos concretos, calles especiales, zonas o barrios específicos donde se realiza y que por este motivo resultan «contaminantes» para el resto de la población, especialmente la femenina.

Cuando las trabajadoras sexuales se dejan ver fuera de las zonas marginales, la alteración del modelo de orden jerárquico ciudadano no suele quedar sin sanción. Ellas son multadas y desplazadas a nuevos emplazamientos: siempre más lejos, más aislados, con menos servicios públicos y menos seguridad. Así los que resultan espacios prohibidos para algunas mujeres resultan obligatorios para otras, limitaciones que nunca se imponen a los desplazamientos masculinos.

Pero toda normativa implica sus transgresiones. Invisibles a la mirada normalizadora, las mujeres ocupan poco a poco espacios tradicionales masculinos, como bares y cafés, al tiempo que amplían sus horarios de desplazamiento y transgreden los límites impuestos. Van rediseñando la ciudad de acuerdo a sus deseos y necesidades, difuminando las zonas prohibidas y adoptando plazas y parques. Utilizando la amistad y la solidaridad amplían los espacios disponibles y erosionan los límites. Así constituyen refugios puntuales, y logran cada día pequeñas victorias no contabilizadas, tomas de aire que permiten seguir buceando en el seno de la sociedad reglamentada y discriminadora. ●

en cada época histórica la ciudad representa oportunidades y riesgos. Es instrumento de libertad y creatividad para algunos y de opresión y explotación para otros, pero principalmente



Blogueando al Ángel del hogar:

Alba González Sanz

La mayor parte de las ficciones que se construyen en occidente en torno a cómo debe ser y comportarse *una mujer* tienen en la casa su único escenario. Desde *La perfecta casada* de Fray Luis de León hasta un vistazo rápido por las portadas de las actuales revistas femeninas, la gestión del espacio doméstico (descendencia, servicio –de haberlo–, decoración, alimentación y mantenimiento) corre a cargo de una legión de diligentes amas de casa que desperdigan felicidad y desinfección envueltas en olor a pastel de carne y tartas de arándanos.

Pero entre esos dos mundos, el descrito por Fray Luis a principios del XVI y la panorámica del kiosco en nuestros días, tuvo lugar un fenómeno que convirtió en rentable lo que a ojos de la sociedad debía ser mera virtud moral. Me refiero al capitalismo. Así, ya que las mujeres debían permanecer en casa cuidando de la honra y del patrimonio del esposo, dado que su condición de madres potenciales las hacía incapaces para la vida intelectual, la sociedad moderna que arranca en España a mediados del siglo XIX tuvo que convertir a las féminas de su débil clase media en consumidoras, vendiéndoles un producto de fácil consecución y gran aplauso general: el ángel doméstico que atormentó a Virginia Woolf y que se infiltró en nuestra historia –Sección Femenina mediante–, en películas, manuales, discursos, iglesias e *ikeas*. Entre el mundo de nuestras madres y el actual tampoco faltaron convulsiones relacionadas con el movimiento feminista y con la asunción por parte de los poderes

Desde *La perfecta casada* de Fray Luis de León hasta un vistazo rápido por las portadas de las actuales revistas femeninas, la gestión del espacio doméstico (descendencia, servicio –de haberlo–, decoración, alimentación y mantenimiento) corre a cargo de una legión de diligentes amas de casa que desperdigan felicidad y desinfección envueltas en olor a pastel de carne y tartas de arándanos.

Dejando de lado la evidente hipocresía de una moral sexual con barniz religioso que desea *mujeres mujeres*, esto es, madres de mano de obra para tal o cual patria mientras que al tiempo las impulsa al consumo desenfrenado y al trabajo gratis en casa para sostener la economía del Estado, lo cierto es que en la era del 2.0 el discurso de la mujer en el hogar se ha revestido de nuevos elementos que camuflan lo que en esencia viene siendo un cuento viejo: el lugar de la mujer es la casa y el cuidado familiar.

públicos de cierto tipo de políticas de igualdad que tenían por canto de sirena la conciliación y por monstruo verdadero a la *superwoman*. Y cuando de nuevo se ajustaron los discursos para desenmascarar las triples jornadas de las mujeres, la falta de corresponsabilidad, los techos de cristal, los suelos pegajosos... apareció Internet, lo hecho en casa volvió a ser moderno y

el antiguo ángel decimonónico que lo mismo cosía que cantaba al piano se abrió un *blog*, un *tumblr*, un muro en *Pinterest*.

Dejando de lado la evidente hipocresía de una moral sexual con barniz religioso que desea *mujeres mujeres*, esto es, madres de mano de obra para tal o cual patria mientras que al tiempo las impulsa al consumo desenfrenado y al trabajo gratis en casa para sostener la economía del Estado, lo cierto es que en la era del 2.0 el discurso de la mujer en el hogar se ha revestido de nuevos elementos que camuflan lo que en esencia viene siendo un cuento viejo: el lugar de la mujer es la casa y el cuidado familiar. Si además consigue hacer de esto un negocio lucrativo, tecnológico y fácilmente identificable como *trendy*, habrá logrado la cuadratura del círculo para el capital: meterse solita en la red y venderla como la más suave, deseable y ergonómica de las cadenas.

Dos ejemplos de la blogosfera internacional: *Oh happy day* y *Design Mom*¹, gestionados por dos mujeres en sus treinta, madres de dos y seis criaturas, diseñadoras gráficas y organizadoras de eventos como profesión original, rentables mamis blogueras actualmente. Si necesitas ideas para organizar un *babyshower*, *reviews* sobre los mejores objetos para el cuidado de tu bebé recién nacido, indicaciones precisas de la mejor forma de decorar una casa en la que hay criaturas menores de seis años, consejos de vacaciones en familia o plantillas para las guirnalas de tu próxima fiesta, en ambos *blogs* habrás encontrado lo que buscas. No te faltarán fotos para que copies lo que ves paso a paso ni recomendaciones para que abarates los costes si no vives en el mejor barrio de París para

¹ Las direcciones electrónicas son: www.ohhappyday.com y www.designmom.com.



Lo hecho en casa volvió a ser moderno y el antiguo ángel decimonónico que lo mismo cosía que cantaba al piano se abrió un *blog*, un *tumblr*, un muro en *Pinterest*.

conseguir *supplies* imprescindibles de toda experta en las cosas del *handmade*.

Probablemente no haya nada de malo en tener por aficiones el *crochet* y la transformación de muebles, incluso pueda objetarse que convertir en profesión el discurso tradicional sobre lo femenino tiene algo de transgresor. Pero entre medias, no olvidemos, está el capitalismo. Así se explican las casas grandes, los muebles sólo en apariencia sencillos y baratos, la proliferación de objetos innecesarios para el cuidado de la infancia, el patrocinio de Levi's en la ropa cómoda que lleva mamá cuando decora el cuarto de la nueva bebé, las cámaras fotográficas que rondan los dos mil euros y que retratan esos hogares blancos, casuales y acogedores, la huerta ecológica en el jardín... Para el común de las mortales que se inspiren en estos *blogs* y cuyo poder adquisitivo no sea obviamente el mismo, quedarán Inditex, Ikea, Mercadona, cámaras compactas y una cierta sensación de culpa por no poder comprar una cuna de madera de pino de forma giratoria y colchón orgánico. Como ya escribió una experta en este asunto del XIX, lo que no se compra se puede hacer a mano, esa es la habilidad de la *verdadera* mujer: consumir, al menos, imitación.

El espacio doméstico deseable es hoy por hoy una mezcla de comodidad y aire clásico en el que se da mucha importancia al desarrollo intelectual y psicomotriz de las criaturas, mientras que se busca un tipo de mueblaje y distribución que facilite la vida de las madres modernas. Los padres, cuando suceden, es por un fallo en el ángulo desde el que se toma la fotografía. No hay que esperar mucho por los nuevos figurines que vienen de Francia para sacar patrones y hacer vestidos, las conexiones a Internet son aceptablemente baratas para que el consumo no se detenga. Entre tipografías, colores y enlaces que dan cuenta del altísimo tráfico de visitas y publicidad de estos *blogs* tiene lugar un espejismo de vida y una ficción de *mujer de su casa* que convierte en mercancía la existencia familiar sin mover un centímetro los viejos discursos, poniéndonos de nuevo ante el reto de desenmascarar al Ángel del hogar. ●

Trazos que hacen paisajes.

María Laura Gutiérrez

O sobre el arte feminista y sus acciones públicas/ políticas

Hay veces en que vamos caminando por las calles y nos preguntamos por este o aquel grafiti que nos desconcierta, que nos saca una sonrisa; por esta o aquella intervención, *performance*, proyección, pancarta, cartel, acción, panfleto o lo que sea que hace que nos paremos en la calle de todos los días y modifiquemos los ojos con los que vemos, imágenes que burlan lo previsible durante unos segundos. De eso, y de su conjunción con los tonos violetas, tratan estos breves pincelazos artísticos feministas.

Expandiendo espacios, trazos y palabras

«Por tu culpa voy a ser feliz», «no hay nada más parecido a un machista de derechas que uno de izquierdas», proclaman las Mujeres Creando en las calles de La Paz, Bolivia. Si caminamos por diferentes ciudades, de Buenos Aires a New York, de Sydney a Río de Janeiro, Jenny Holzer nos encandila con sus luces *leeds* en tonos azules y blancos recordándonos que «el romanticismo se inventó para manipular a las mujeres»* o que «no dejemos que el momento lúcido se disuelva». En Estados Unidos, en la década del 90', durante las campañas por la interrupción voluntaria del embarazo, Barbara Kruger nos recordaba en grandes *offset* que «nuestro cuerpo es un campo de batalla». También las Guerrilla Girls, un colectivo anónimo de mujeres artistas con caras de gorilas, hace tiempo que nos advierten amablemente sobre las «Ventajas» de ser una *mujer artista*, como, por ejemplo: «saber que tu carrera será conocida después de cumplir 80 años» o «tener en claro que cualquier tipo de arte que hagas será catalogado como arte femenino». Otras, como Judy Baca o Las Mujeres Muralistas, prefieren las imágenes a las palabras y así pintan sus colores por las calles de San Francisco, Los Ángeles o Colorado, dibujando en murales sus vivires y sentires como mujeres chicanas o migrantes al Norte del Río Bravo. Anonimato, trabajo colectivo e intervenciones callejeras de diversos tipos son también algunos de los modos en que se hacen visibles las Mujeres Públicas. Su *Mujer colonizada* o la *Oración por el derecho al aborto* son parte de sus creaciones, pegatinas, afiches y carteles que día a día pegan por las calles argentinas de la ciudad de La Plata.

Las ciudades como área de tránsito y paso se convierten en un texto, un espacio para la significación, repleto de señales y carteles que indican múltiples direcciones posibles, y a los que las artistas añaden una dirección propia, inesperada y rompedora.

Rosi Braidotti

* Las traducciones de todo el texto son propias.

THE ADVANTAGES OF BEING A WOMAN ARTIST:

Working without the pressure of success
Not having to be in shows with men
Having an escape from the art world in your 4 free-lance jobs
Knowing your career might pick up after you're eighty
Being reassured that whatever kind of art you make it will be labeled feminine
Not being stuck in a tenured teaching position
Seeing your ideas live on in the work of others
Having the opportunity to choose between career and motherhood
Not having to choke on those big cigars or paint in Italian suits
Having more time to work when your mate dumps you for someone younger
Being included in revised versions of art history
Not having to undergo the embarrassment of being called a genius
Getting your picture in the art magazines wearing a gorilla suit

A PUBLIC SERVICE MESSAGE FROM GUERRILLA GIRLS CONSCIENCE OF THE ART WORLD



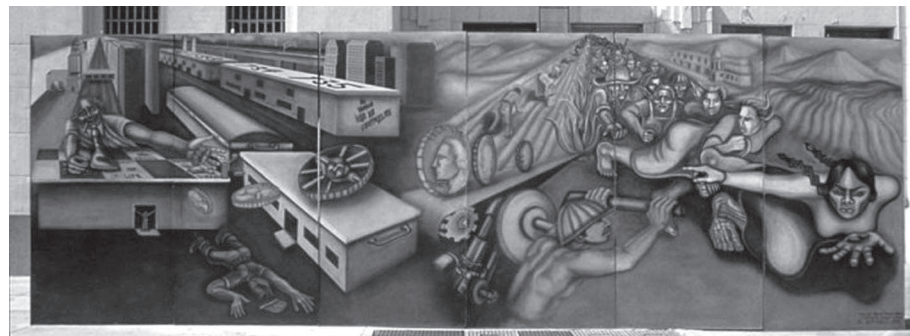
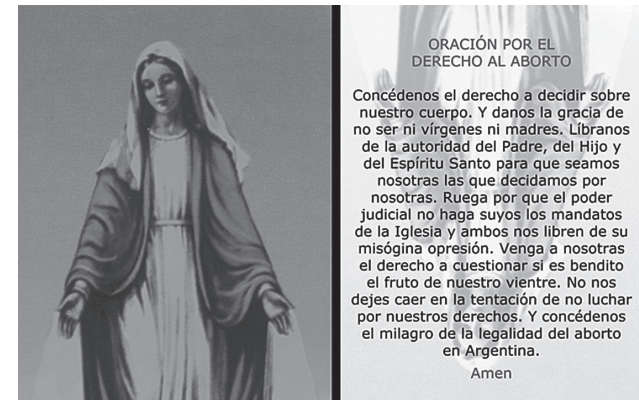
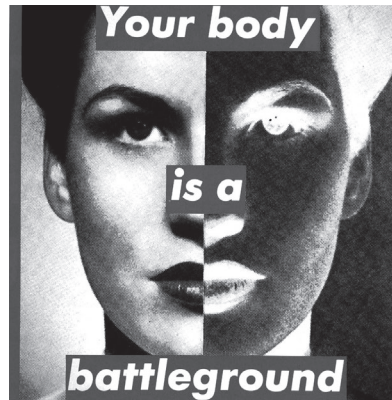
Guerrilla Girls, *The advantages of beginning a woman artist*, 1988.

Jenny Holzer, proyecciones en Buenos Aires, 2000 y San Diego, 2007.

Barbara Kruger, *Your body is a Battleground*.

Afiche de Mujeres públicas, 2004.

Judy Baca, *Uprising of the Mujeres*, 1979.



Así, de Madrid a Buenos Aires, del sur del Río Bravo al faro del fin del mundo, las intervenciones feministas se han dispersado por los espacios públicos, por las plazas, por las calles y por las camas, intentando atisbos de resistencia y visibilidad ante el silencio y la complicidad, modificando el andar rutinario. Miradas que, como ya es casi una tradición para este movimiento, ocupan las calles para reiterar una y otra vez su visibilidad, su voz, su presencia, construyendo nuestro paisaje un poco más violeta.

Pinceladas sobre el feminismo, el arte y la/su política

Pero no hace mucho que algunas mujeres decidieron proclamarse artistas feministas como las que mencionamos en los trazos iniciales. Fue durante las décadas de los 60' y 70' cuando comenzó a surgir, en países como EEUU, Italia o Francia, un período signado por la búsqueda, el encuentro y la reconstrucción de aquella parte silenciada que, metaforizando, podríamos considerar la «parte maldita» del arte: el arte y su relación con el feminismo, con las prácticas artísticas de las mujeres que no se adecuaban al *statu quo* del ser representadas por y para El Genio. Negadas a exponer en los museos, a entrar en las academias y en el propio reconocimiento simbólico de circulación del «Arte» (salvo como musas y/o ¿excepciones a la regla?), desde hace más de 50 años las mujeres comenzaron a ocupar el espacio público como espacio artístico, como espacio donde hacerse visibles, como lugar simbólico de visibilidad, lucha y acción artística y política... ¿Política?, ¿arte?, ¿arte político?, otro nudo gordiano, más paisajes.

No nos preguntaremos en este breve ensayo si existe, *per se*, un «arte feminista» como si de una esencia intrínseca a cierto tipo de arte o personas se tratara. Más bien, nos interesa entender ese encuentro por el efecto político que constituyó y constituye. Muchas décadas llevan estas discusiones, que si el arte, que si lo político, que si ambos, que si uno o que si otro. Sin embargo, creo que ambos se unen en aquel horizonte que entiende la actividad política y artística como «la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto; hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar; hace escuchar como discurso, lo que no era más que escuchado como ruido»².

Si el arte trata de modificar nuestro paisaje qué mejor que tomar las calles como símbolo de protestas, o mejor aún, dibujar las calles como señal de lo que no quiere ser visto, ni oído, ni atravesado... Un grito en esa marea de voces que van y vienen, que invaden los espacios dándose un lugar, una voz, modificando nuestros ojos. Intervenciones que de a poco han ido tomando las calles y trasformando nuestro devenir cotidiano, tan público, tan incendiario. Esas son, para nosotras, las intervenciones feministas, un efecto político, una visibilidad, a modo de pequeño paisaje urbano que nos recuerda por qué las ocupaciones de nuestras plazas y nuestras calles serán feministas o no serán... ●

Si el arte trata de modificar nuestro paisaje qué mejor que tomar las calles como símbolo de protestas, o mejor aún, dibujar las calles como señal de lo que no quiere ser visto, ni oído, ni atravesado...

² RANCIÈRE, Jacques (1996) *El desacuerdo. Política y Filosofía*, Buenos Aires, Nueva visión, p. 45.

Re-lectura de lo prohibido: ¿la parte oscura de la sexualidad?

Carolina Checa Dumont



Fotografías | Carolina Checa Dumont

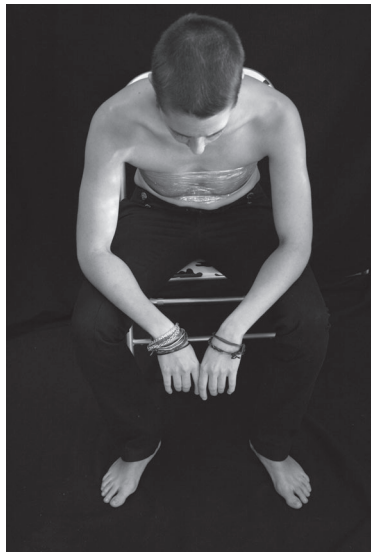
Increíblemente, no podría llegarse a demasiados puntos comunes sobre qué es o cuál es esa *parte oscura o prohibida* de la sexualidad, aunque podríamos aproximarnos si tenemos en cuenta la cultura que nos educa. Una cultura de lo sexual todavía llena de tabúes, dentro de una concepción de la sexualidad que premia o castiga si te sales del *tiesto*, con *protocolo de actuación* de principio a fin, donde las caras de extrañeza, asco e incluso negativa aparecen de vez en cuando, donde el género sigue «trabajando duro» y los límites en cuanto edad, etnia u opción sexual se dejan entrever muchas veces.

Todo este entramado conseguido desde tantos lugares y tantas voces hace eco en cada persona de maneras diferentes, porque... ¿dónde coloca cada persona su paisaje prohibido, en qué lugares, qué partes del cuerpo, qué fantasías, qué imágenes, qué espacios y qué encuentros son a los que cada una pone la etiqueta de vedado, ilícito o negado?

Los procesos vitales, las vivencias íntimas, las vergüenzas asumidas o miedos inculcados, los mensajes negativos toman lugar y cuerpo en esos procesos de autocensura, donde el concepto de prohibido toma inteligibilidad propia y personal, donde se va creando lo *oscuro* con muchos matices y formas diferentes según la persona y sustentado por la cultura de lo «sexualmente aceptable y dominante».

Existen encuentros eróticos o sexuales que se supone no nos podemos permitir porque sería transgredir la propia moral y todo lo inculcado, que nos desarman todo lo aprendido con sólo pensarlos y que nos cuestionan muchos aspectos si pretendemos desmenuzar qué cosas se ponen en juego.

¿Dónde coloca cada
persona su paisaje
prohibido, en qué lugares,
qué partes del
cuerpo, qué
fantasías, qué
imágenes?



Mi paisaje más prohibido sería tener un encuentro sexual con una persona con diversidad funcional. Por mi trabajo trato mucho con personas con síndrome de Down y me he visto en momentos cuestionada de qué pasaría si tuviera una relación íntima con alguna de ellas (...). Es algo prohibido porque tiene un límite con todos los mensajes recibidos relacionados con el abuso, que me crean mucho conflicto e incluso sería como algo perverso, no sé, son emociones muy internas que yo misma me cuestiono y niego a la vez. (Ana, 33 años)

Nuestro cuerpo es otro terreno lleno de lugares secretos, intocables, de un milímetro a otro parece existir un mundo, un abismo de sentires y emociones, que cuestionan y ponen en entredicho cualquier poro de nuestra piel donde lo prohibido aparece como muros cementados.

(...) mi ano, orificio oscuro, desconocido y silenciado (...). Mi ano ha sido odiado por mí en los últimos 6 años, ha sido fuente de preocupación, de oscultación médica, y de dolor... Mucho dolor. Había un dolor oculto y prohibido que me recordaba que no estaba bien (...). Mi ano es como mi lado oscuro... Tiene miedo a ser descubierto, a ser juzgado, a ser herido. Es mi paisaje prohibido. Era mi paisaje prohibido (...). Si mi ano empieza a hablar... que no calle nunca. Si mi ano empieza a gozar... que no pare nunca. (Isa, 29 años)

Sólo la idea de sentir el cuerpo de una mujer me hacía temblar (...). Me sentía culpable cuando dormido en mis sueños me relacionaba sexualmente con una mujer (...). Con el tiempo descubrí que lo que me habían dicho que no podía ser así no podía ser de otro modo... Es inevitable mi atracción por las mujeres. Y, sin embargo, no eran ellas lo prohibido. Fantasear con lo prohibido. Desear lo prohibido. Soñar con lo prohibido. Y descubrir que el terreno realmente prohibido es mi propio cuerpo. (Iván, 29 años, transexual)



De cuerpos a espacios prohibidos o estar en espacios prohibidos. De colocarnos donde se supone que no debemos estar y querer estar porque nos lleva el propio deseo de querer traspasar ese umbral de lo lícito y lo debido.

(...) mis propios deseos y curiosidades hacia la visión y hacia la descensura de sexualidades ajenas o propias, (...) irrumpir en la supuesta privacidad del sexo, practicado por dos dentro de paredes secretistas, ajeno a otras miradas, así como irrumpir en masturbaciones solitarias, se plantea para mí como esa fantasía paisajística prohibida. Que me miren follando, mirar mientras otrxs follan, ser testigo de esa «privacidad» me provoca esa maravillosa curiosidad de la que nacen mis deseos más lúbricos. (Helena, 25 años)

Ese límite entre lo «aceptable» y lo ilícito, lo lujurioso, perturbable o pecaminoso tiene una línea muy efímera que en muchas ocasiones la posibilidad de entrar o plantearse cruzar nos llena de deseo, juego, imaginación y fantasías. Cómo nuestra mente y fantasía nos coloca en paisajes totalmente deseables y placenteros unidos o casi hilvanados con lo prohibido, desde ese lugar de la imaginación donde no existen límites, reglas, negativas y normas pero que, a la vez, están muy presentes por todo lo aprendido.

Creo que lo atractivo del sexo es su carácter prohibido, cuanto más te trabajas esas prohibiciones tu cuerpo pide más. Así llegué al sado, a mearme en la boca de tíos que disfrutaban de los fluidos prohibidos, a jugar con los roles establecidos y a conocer una sexualidad teatral, atractiva, pasional, real, pactada, sana y fluida. (Marcos, 27 años)



Re-leer lo prohibido nos lleva a esa trasgresión de lo impuesto y a cuestionarnos nuestras propias prohibiciones, re-leer la propia autocensura y reapropiarnos de algún modo de eso para seguir conociendo nuestra sexualidad como algo amplio, cambiante, mutable y, sobre todo, placentero. ●

Habitar cuer- pos pro- hibi- dos

Iván Erdociain Gil



Fotografía |
Susana Real
Martínez

TRANS: Significa «al otro lado», «a través de».

Esta es la definición que la R.A.E da sobre trans. No suelo estar de acuerdo con las definiciones que ésta proporciona, pero nos sirve como punto de partida para comprobar el *trans*fondo cultural machista que empapa sus líneas. En algo no se equivoca, a las personas transexuales siempre les han hecho sentir «al otro lado», sin que puedan encajar en ningún sitio. Únicamente encontraron su espacio en los márgenes; sólo se incluyeron en las categorías desviadx; se relegaban a los lugares donde su molestia no fuera percibida. No obstante, podemos afirmar que *a través de* los cuerpos transexuales el feminismo se ha enriquecido y se ha *transformado*, abriendo las puertas a nuevos campos de actuación y nuevas luchas. El machismo nos oprime a muchxs y en mi caso, partiendo de un posicionamiento de bio-hombre, marica, rural, *bear*, activista *queer* y feminista, tal opresión ha

encontrado un respiro en el transfeminismo ya que me ayudó a reorganizar mis cuestionamientos y a aclarar mi filosofía de vida. Me fascinan las luchas trans, me enamoran sus cuerpos.

A través de la inmersión en las esferas trans se cuestionan innumerables afirmaciones culturales que se asientan como verdades naturales, las cuales quedan deconstruidas a través del fluir de los cuerpos trans. De esta manera podemos

A las personas transexuales siempre les han hecho sentir «al otro lado», sin que puedan encajar en ningún sitio.

plantearnos: ¿es más mujer la que lxs médicxs diagnostican como tal al nacer o la persona que se hace a sí misma?, ¿acaso los bio-hombres tienen miedo de los trans

masculinos porque estos pueden elegir el tamaño de sus dildos?, ¿por pertenecer a una «minoría» tienes que tener menos derechos?, ¿si eres trans no puedes ser homosexual?, ¿qué pasa si una persona se siente trans pero no quiere pasar por ningún tratamiento?, ¿el aspecto físico decide tu sexo? Estas cuestiones y otras tantas pueden ser reflexionadas, debatidas y dinamitadas mediante el acercamiento a las luchas trans para acabar con esa normalidad aburrida, discriminatoria y castrante que caracteriza el binarismo que nos regula y nos somete en esta sociedad.

Vivimos en una sociedad patriarcal y machista que oprime lo diferente y lo relega a las llanuras mentales de la estigmatización. Las cuestiones referentes al sexo, sobre el tema de la transexualidad, pueden ser vistas como fuertes amenazas para el régimen sexo-político binarista que caracteriza dicha sociedad, de ahí el potencial de dichos cuerpos y sus luchas. En el contexto socio-cultural en el que vivimos, las mujeres deben ser sumisas y perfectas, los hombres machos y fuertes, y sobre todo heterosexuales. Tanto la transexualidad como el transgenerismo, entre otras muchas opciones, nos pueden ofertar una apertura de posibilidades corporales al salirse de esa dualidad sistémica y desmontar muchos estereotipos, teniendo en cuenta también aquellas formas de entender la transexualidad que reafirman y mantienen dicho binarismo. Lo más maravilloso que tienen las realidades trans es la gran variedad que presentan y la imposibilidad de generalizar sus corporalidades. Cada cuerpo es un mundo.

Los cuerpos trans son cuerpos prohibidos. Nos rompen los esquemas, nos desconciertan y nos dan cierta curiosidad, de ahí el empeño de su censura. Sus difusiones y sus comportamientos andróginos hacen temblar los cimientos de las estructuras heteropatriarcales, haciéndoles perder todo su sentido. Todo aquello que se conforme como una amenaza a la desestabilización de dicho régimen tenderá a ser prohibido, regulado y patologizado. La presión social binaria nos conduce hacia esa ansiada normalización: los maricones sin pluma, las bolleras sin camisas de cuadros, los trans masculinos con largos tecno-penes, las trans femeninas con grandes pechos y sumisas a un bio-hombre y lxs transgénero ocultxs y silenciosxs.

El machismo actúa cerrando puertas a lxs trans, prohibiendo su desarrollo como personas y sometiéndolas a sus propias normas. Una persona trans se enfrenta constantemente a pruebas y juicios que le obligan a replantearse su propia identidad hasta el límite (como si todxsuviésemos nuestra identidad claramente definida).

Todo lo que se sale de «la norma» incomoda a la sociedad y se prohíbe. Ahí es donde los cuerpos trans luchan. Desde esta molestia se empieza a trabajar para abrir mentes y difundir una realidad amplia, difusa y no binaria.

Se prohíben incluso por la ley, ya que existe una ley en la que no se reconoce el cambio de sexo, ni el cambio de nombre en el D.N.I si antes no has pasado por un/a psicólogx que certifique tu transexualidad. Una vez más no dejan a las personas trans el poder de decisión en su vida. Si yo como persona siento y pienso, ¡déjame decidir por mí, déjame vivir mi vida, déjame tomar mis decisiones y seguir los pasos que yo quiera! Igual me siento mujer lesbiana, ¿eso significa que no soy mujer?; igual no quiero hormonarme, ¿tienes miedo de que sea una mujer barbuda o un hombre con tetas?; a lo mejor no decido operar mis genitales, ¿te molestan?

Tenemos que liberarnos de las losas del patriarcado y decidir por nosotrxs mismxs. Apoyando desde al transexual masculino que disfruta de su clítoris hasta la trans femenina que decide ser lo que siempre soñó, pasando por toda clase de personas que se autodefinan como trans y lxs trans que deciden jugar con su androginia. Libérate, piensa, analiza, lucha, rebélate, disfruta, vive, *transgrede*. ●

Buscar horizontes en paisajes dolientes

Noelia Palacio Incera

Donde quiera que vayas, ya estás ahí.
Jon Kabat-Zinn

Para descubrir el horizonte, esa línea divisoria que separa el cielo de la Tierra, siempre ahí frente a nuestros ojos, tan presente como huidiza desplazándose a medida que nos acercamos o alejamos de ella, resulta necesario un punto de vista y un espacio desde el que observar. El desierto o la cumbre de una montaña son ejemplos de paisajes idóneos para ver con claridad la perfección geométrica del límite. Pero, a veces, atravesar un terreno árido y vacío o caminar sobre pedreras y desnivel pueden convertirse en tareas costosas y sufrientes si la meta del camino no se escoge o nos ha sido impuesta. Estos, los paisajes dolientes, también tienen un contorno que, a la vez que delimita, pone al límite a la caminante. Se puede sentir dolor sin sufrimiento y sufrimiento sin dolor en el transcurrir de las vivencias, pero la percepción de posibles amenazas y la falta de control sobre ellas no hace sino más difícil la esperanza de encontrar el tiempo necesario para caminar hacia el fin del trayecto. Contemplar un horizonte desde estos paisajes es mirar hacia un fondo inevitablemente nublado que impide que se pueda huir del sitio donde estamos ancladas.

Las nubes, la bruma, la niebla, la tormenta.

Paisajes nublados

(Observar pasivamente cómo perdemos percepción del horizonte. La niebla desorienta, paraliza, impide el acontecer. Tolerar lo inevitable).

Mirar: aquí duele el ahora. Gritos desesperados suplicando dosis de analgesia. Sufrir paciente que sacude un cuerpo encarnado e irreversiblemente enfermo. Frustración, resignación, lentitud, esfuerzo, conciencia del dolor: *me duele ahí, y así, fuerte*. El mundo se transforma, se siente de otro modo. Dormir para no pensar. Paralizar para no sentir. Bloqueo del proyecto de vida. Soledad.

Recordar: aquí duele el ayer. Volver una y otra vez sobre ese único e irrepetible dolor. Sueños, alucinaciones, sobresaltos, intrusiones. Dolor escrito con la memoria. No poder olvidar lo sentido o, quizá, no poder olvidar la escena condicionada por aquel día, por aquella persona. No poder salir de ahí. Prohibido exponerse. Esfuerzos por evitarlo. Fracaso.

Esperar: aquí duele el mañana. No saber pero intuirlo. Se pierde la magia que trae consigo la espera del devenir. Incertidumbre impuesta, casi predecible. Sin sustentos ni cobijo ni apegos ni derechos. Duele mirar hacia el abismo. Crisis. Impotencia.

Nubes y claros

(Sacar la brújula en el momento presente, usar el cuerpo y el paisaje como coordenadas, marcar el fondo como horizonte de posibilidades. Comenzar a andar con la luz que abre el camino).

Iniciar o continuar el trayecto en búsqueda del horizonte cuando se lleva una mochila de dolor crónico, traumas o pérdidas de libertad, precisa de la creencia y la confianza de que todo esfuerzo que hagamos ahora tendrá su sentido después; aunque se intuya que la emoción de llegar al oasis o a la cima y despojarse de la carga sea sólo una mera ilusión óptica y sentimental: al fondo, un nuevo horizonte que se aleja al acercarnos, que ya estamos tentadas de dar, de nuevo, por perdido. Pero el dolor del peso, la conciencia de que eso que estamos sintiendo nos hace daño y de que queremos cambiarlo, hace que la pasividad con la que miramos el cielo encapotado se vuelva activa y nos fuerza a la prueba del transcurrir: el paso del tiempo nos obliga a salir del paisaje. Desenvolver recursos quizá desconocidos, recordar cuántos horizontes alcanzados ya dejamos atrás, reponer fuerzas. Y aunque no siempre queremos repetir rutas y rumbos que nos hicieron sufrir, sabemos que aprendimos a orientarnos y que mereció la pena. Gritar cuanto sea necesario para tomar conciencia de nuestro eco. Ir en dirección a nuestros valores, caminar hacia lo que importa. A pesar de las nubes, guiarse por el claro que se abre en ese fondo de incertidumbre.

Despejador

(Conseguir instalarse en el mirador idóneo y ver el horizonte; o quizá, no llegar a él pero ver su línea al fondo).

El presente texto, su metáfora, parte de algunos conceptos y líneas de pensamiento de la Psicología y la Filosofía. Si se desea profundizar en estas aproximaciones teóricas, pueden ser de utilidad estas referencias:

son determinantes los trabajos de Marino Pérez Álvarez, que explora el concepto de horizonte en su libro *Las raíces de la psicopatología moderna. La melancolía y la esquizofrenia* (Pirámide, 2012); así como los artículos de M^a Carmen López Sáenz «El dolor de sentir en la filosofía de la existencia» y «Hermenéutica del cuerpo doliente, la fenomenología del sentir» (en M. González, *Filosofía y dolor e Investigaciones Fenomenológicas: Cuerpo y alteridad*). En cuanto a la puesta en práctica de estas ideas, son claves los libros *Terapia de Aceptación y Compromiso (ACT). Un tratamiento conductual orientado a valores* de Wilson y Carmen Luciano (Pirámide, 2002); y *Psicología del sufrimiento y de la muerte* (Martínez Roca, 2001) de Ramón Bayés.

El dolor del camino pasado, presente y futuro pone frente a nuestros ojos una marca de placer ante la posibilidad de seguir viviendo. Convertirnos ahora en observadoras de nuestra propia escena, abrir un paréntesis, salir de ahí. Contemplar con serenidad.

¿Y si por fin logramos apreciar la belleza del paisaje y olvidar el peso de la carga? Descubriremos el verdadero sentido de todo lo que a nuestro alrededor se quedó, como un reloj parado, en suspenso. 🌀

Territorio de silencios

Cruz García Casado

Silencio, ausencia total de sonido.

Tiempo suspendido, tiempo de espera, tiempo de complejas incertidumbres. Silencio poético donde suspira el verso, silencio represor que araña la garganta, silencio cómplice que atesora secretos, silencio dolido que desgarra, silencio vacío que tiembla, silencio protector que cobija, silencio inquieto que hilvana esperas... ¡Cuánto silencio!

Amo los silencios suaves que destilan tranquilidad, paz, sosiego, tiempo propio; un instante sublime que permite escuchar lo íntimo, lo que palpita, lo que emociona, lo que subyace, lo que va mas allá de las palabras. Detesto los silencios ásperos, fríos, impuestos, cargados de miedo, llenos de soledad, oscuros, amenazantes.

El territorio femenino es un paisaje poblado de silencios, de cosas nunca dichas, de cosas atesoradas con sabia discreción en su universo íntimo. Las mujeres fueron educadas durante siglos para callar, para guardar silencio, para no molestar, para no interrumpir, para ser testigo mudo sin voz ni voto en las cosas importantes; porque las cosas importantes eran asunto de ellos.

Silenciadas, privadas del derecho a manifestar su opinión, confinadas en sus dominios domésticos y destinadas a cumplir con las labores propias de su sexo y condición, las mujeres sintieron la necesidad de hablar, de expresarse, de comunicarse, de sentir la fuerza de su voz. Al igual que Winnie –el personaje de Beckett¹– atrapada en su montículo y en su soledad, comenzaron a hablar para hacerse presentes, para no desaparecer, por miedo a olvidar, a perder sus recuerdos y su identidad. Y empezaron a hablar, a hablar entre ellas, de sus cosas, cosas a las que nadie dio importancia, cosas que nadie tuvo interés en silenciar. Solo ellas conocían el valor de sus palabras y de sus silencios.

¹ BECKETT, Samuel ([1962] 2006) *Los días felices*, Madrid, Cátedra.

Silencios protectores. Influidas por una sociedad rígida, inquisitiva y poco amable con el comportamiento femenino, muchas mujeres optaron por callar quiénes eran. Silenciaron que eran inteligentes, mucho más de lo que se permitían aparentar. Guardaron silencio para no hacer sombra, para no exponerse, para no comprometer la imagen de sus maridos, para evitar murmuraciones o comentarios mal intencionados, para ser las mujeres perfectas que todos esperaban que fueran. Tampoco manifestaron que eran fuertes, capaces, valientes y decididas permitiendo que las protegieran mientras luchaban sin descanso para sacar a su familia adelante. La sabiduría popular de madres y abuelas aconsejaba: «hija, sé lista y hazte la tonta cuando te convenga que te irá mucho mejor». ■■■

Silencios impuestos. En general las mujeres se han acostumbrado a sufrir en silencio, a aceptar el dolor y seguir adelante. Han parido a sus hijos con dolor, han descubierto el sexo con dolor, han soportado la violencia masculina con dolor, pero también los reveses de la vida, las pérdidas, la soledad y el compromiso de cuidar de su familia. Las mujeres se han sentido responsables de cuidar a todos poniendo sus necesidades por encima de las suyas, invirtiendo gran parte de su vida en ello, callando y permitiendo que pocas veces se valore su sacrificio. ■■■

Silencios dolidos. Silencios amargos, oscuros, estremecedores; silencios que nunca debieron existir. Los silencios forjados por el miedo, la vergüenza y el sentimiento de culpa. Silencios que enmascaran al verdugo que edifica en la intimidad infiernos de furia cargados de sufrimiento y humillación.

Silencios cómplices. Silencios que las mujeres siempre han tratado con delicadeza, con generosidad, discreción; silencios de alcoba. En la alcoba ellas han callado, han sido pacientes, comprensivas, evitando reproches, reprimiendo lo necesario para mantener la armonía; sin manifestar prudentemente la torpeza, la precipitación o la falta de habilidad de su pareja. Han silenciado los defectos, las debilidades y las traiciones de sus maridos incluso dejándose engañar cuando lo consideraron necesario, disculpándoles y protegiéndolos. ■■■

Silencios íntimos. La complejidad del mundo íntimo femenino le hace portador de muchos silencios. No es fácil que las mujeres hablen abiertamente de él. No suelen confesar sus miedos, sus inseguridades, sus debilidades, sus fantasías, sus envidias ni sus filias o sus fobias; toda esa parte menos aceptada de su personalidad. Normalmente silencian el intenso miedo que tienen a no ser aceptadas, a ser rechazadas, a no encontrar sitio; la gran importancia que dan a la opinión de los demás y a la imagen que puedan tener de ellas, hasta el punto de reprimir cómo son y tratar de ser como les gustaría ser. Callan que envidian a otras mujeres no tanto por ser más atractivas, más inteligentes o tener más éxito, sino por ser deseadas; el deseo de ser deseadas está en la esencia femenina y despierta fácilmente rivalidades. Cuando se ponen estupendas para asistir a un evento social, no sólo lo hacen para gustar a los hombres, sino principalmente para ser admiradas por las otras mujeres. Pocas cosas hacen sentir a las mujeres tan poderosas como cuando son admiradas por otras mujeres.

Silencios vacíos. Son silencios subterráneos que no conseguimos revelar ni ignorar. Silencios que nacen entre dos soledades empeñadas en compartir un mismo destino, que florecen cuando las palabras pierden todo significado, ríos sin agua alimentados de lágrimas escondidas, sombras que planean sobre el presente y amenazan el futuro. Silencios que callan verdades liberadoras y nos mantienen cautivos. Silencios en los que tiembla el alma. ■■■

Silencios inquietos. Silencios que esperan respuestas, toma de iniciativas, palabras reveladoras o gestos de compromiso. Pausas estratégicas antes de enfrentarse a lo importante. Silencios intencionados para intensificar la intriga y el desconcierto, juegos traviesos que alimentan el deseo de aventura. ■■■

Silencios contenidos. Silencios que reprimen las palabras que se desean decir cuando el interlocutor se resiste a escuchar porque le incomodan o le desbordan. Silencios que lastiman la garganta callando las cosas importantes que necesitan compartir, retienen conversaciones pendientes que no encuentran su momento y guardan palabras que esperan inquietas hacerse presentes para que las mujeres puedan reafirmarse. Silencios que abren distancias y perfilan soledades. ■■■

Silencios poéticos. Momentos en que las mujeres no necesitan palabras, sólo sonreír, mirar a los ojos, ruborizarse, estremecerse; momentos en los que se sienten plenas; momentos que crean versos no escritos de cada instante cuyo poema reconoce el alma.

Las mujeres fueron educadas durante siglos para callar, para guardar silencio, para no molestar, para no interrumpir, para ser testigo mudo sin voz ni voto en las cosas importantes; porque las cosas importantes eran asunto de ellos.

Aún hoy, en un tiempo de libertades y derechos, el territorio femenino continúa plagado de silencios.

Son demasiados silencios para reflejar todos en un artículo, las mujeres lo saben, conocen sus silencios.

Es lógico pensar que muchos de estos silencios son más propios de la mujer tradicional sometida a los valores rancios de una sociedad inquisitiva que de la mujer del siglo XXI, pero aún hoy, en un tiempo de libertades y derechos, el territorio femenino continúa plagado de silencios, silencios heredados que las mujeres no han sabido o querido romper, silencios elegidos para proteger sus secretos, nuevos silencios nacidos de su nueva realidad y silencios impuestos por los intereses de sectores conservadores, reacios a admitir los cambios, que siguen cuestionando a las mujeres y el lugar que deben ocupar. 🌀

Sueños de antes de despertar*

Adrienne Rich

La desesperanza es la cuestión.
Elie Wiesel

Hasta tu país cambió. Lo has cambiado tú mismo.
Nancy Morejón

Cae la desesperanza:
la sombra de un edificio
que están levantando justo en el camino
de tu exiguo rayo de sol
Las vigas crecen despacio
la estructura esquelética se levanta
aunque la luz de poniente aún se filtra
a su través
aún rebota en las planchas de plástico
en que lo envuelven
para el crudo invierno

Al final del invierno algo cambia
una leve sustracción
de anticipados consuelos
un fulgor inocente que no llega
aunque las floristerías sacan
de nuevo a la acera
tiestos de ramilletes cargados
los ramos de narcisos rígidos de frío
y a qué precio
aunque alguien debe comprarlos
estudias esos tonos como con hambre

Cae la desesperanza
como el día en que llegas a casa
del trabajo, una tarde de verano
transparente de azules y rosas
y ves que están rellenando
la estructura
que las vigas crecen
al otro lado de tu ventana
que vives en serio
en un lugar diferente
aunque no te has mudado

y no te mudarás, aún no
pero regalarás
tus macetas a una amiga
del otro lado de la ciudad
junto con la junta de cristal tallado
del marco de la ventana
olvidarás las tardes
de mirar la calle, el cielo
los aviones en el ocaso emplumado:
aprenderás a agradecer simplemente este apoyo

en el que aún te apañas
para pagar la renta
el lugar que aún puedes creer
que es el antiguo barrio:
hasta la mujer que duerme de noche
en el portal enrejado –¿no estuvo siempre ahí?
y el hombre que ojea y se lanza
por comida en la basura del supermercado–
¿cuándo llegó su hambre a eso?
¿qué marcó la diferencia?
¿qué la marcará para ti?

¿Qué la marcará para ti?
No quieres saber las etapas
y quienes las pasaron no quieren contarlo.
Tienes tus cuatro cierres en la puerta
tus ahorros, tu pasado respetable
tu cuerpo extrañamente quejoso, sufriendo
innombrables enfermedades de la ciudad.
Tienes tu orgullo, tu amargura
tus recuerdos de atardecer
piensas que puedes tirar hacia adelante
sin hablar de la desesperanza.

¿Qué significaría vivir
en una ciudad cuyas gentes se cambiaran
la desesperanza en esperanza?–
Eres tú quien debe cambiarla.–
¿cómo sería saber
que tu país está cambiando?–
Eres tú quien debe cambiarlo.–
Aunque tu vida pareciera ardua
nueva y sin mapa y extraña
¿qué significaría pararse en la primera
página del final de la desesperanza?

* RICH, Adrienne (1994), *Your native land, your life*, NY, W. W. Norton, traducción colectiva de reciente aparición, pueden consultar otras traducciones de la misma autora junto al original de este poema en www.inwit.tk

PUBLICIDAD

Lorena Fioretti / Amelia Celaya

La publicidad representa y construye lo público, lo que desde siempre es político. Influye en nuestra forma de pensar, mirar, hablar, actuar... Es una comunicación desigual, abusiva, interesada y manipuladora. Tan bien hecha, tan directa y machacona, que nos interpela e incita a responder de alguna manera.

Es un campo de batalla en el espacio público, en el corazón y los márgenes de la ciudad, que multiplica y disemina los significados, interviniendo el paisaje publicitario para resistir, para hacer y deshacer nuestra PubliCiudad.



foto kleinkartert



DEBOULONNEURS.ORG
THEBUBBLEPROJECT.COM
TOP-DOWN.BLOGSPOT.COM

La cegada

Carmen Camacho

A José Carlos Ríos Monje, que por
calle Castilla señaló con su dedo
una ventana recién tapiada.

1. Afueras

Por doler, duele más que el muro y que la linde. Más que el Rottweiler entre saliva que cimbreaba la reja del chalet en claro aviso: no profanes el mausoleo donde el faraón toma a solas bilis negra en copa larga, *cave canem*. Hierde el hueco que se niega, la luz que se enfosca, los ojos que no están.

Dejaron puesta la forja, el balcón se lo llevaron. Más que la tapia pura. Así ofende la ventana cegada,

tanto,

que la lotera y la niña que va a correos, que Carlos y la moto y el frutero que vuelve de entregar el pedido aprietan el paso sin alzar la vista

porque sienten este frío de mortero húmedo

y llegan a casa sin saber con la cabeza a qué esta pena que hoy de pronto se me vino a las costillas, a la espalda, al esternón. Sólo las glándulas saben

que ventana que se extirpa

empareda al gorrión de su alféizar, al viejo asomado y al olor del guiso. Hay un luto en la fachada, en el barullo de calle Castilla hay hoy, como de sobra, un silencio. Hay un sol que entra menos. Hay. No hay.

2. Adentros

Detrás de los tragaluces ciegos trabaja la oscuridad. Dentro, la carcoma se va comiendo el pecho de una maniática de la limpieza, y un nuevo brote de neurosis hará que esta tarde la esfinge baje un poco más la persiana. La alacena y la fresquera, primorosamente labradas en el vano, también tienen don de balcón y no olvidan que un frigorífico es sólo una cripta.

Entiéndelo, hija: aquí tuvimos que cerrar. Entraban las estrellas pero también las balas, nos habitó el murciélago, tuvimos que esconder detrás a la Venus de madera para que no la quemaran, no pudimos negarnos a vender el paisaje. Pero con el dinero que nos dieron, cuando seas mayor, mandarás hacer ventanas. Ventanas último diseño, ventanas herméticas de doble cierre, ventanas con vistas patrocinadas, pantallas como ventanas y tantas ventanas que ni las mires. Ventanas murallas.

A ti te encargo, hija mía, cegar una ventana ya cegada.

Sentido y sensibilidad

David Eloy Rodríguez

Noche sin clausura, de Laura Giordani (Ediciones Amargord, colección Candela, Madrid, 2012).

Los mapas perdidos, de Beatriz Viol (Diputación de Soria, Premio Gerardo Diego, Soria, 2012).

Recomendamos la lectura de estos dos extraordinarios poemarios. Ambos nos ofrecen una mirada singular sobre el mundo, ambos nos comparten palabras precisas y sabias.

Laura Giordani (Córdoba, Argentina, 1964) y Beatriz Viol (Sabadell, 1983) nos regalan dos obras intensas y fértiles en las que la materia, el paisaje, la travesía, el tiempo, se convierten en versos, y en ellos comprendemos, aprendemos. Las autoras miran, experimentan, sienten la realidad, que se nos presenta rica y compleja, fragmentaria, misteriosa, fascinante, y saben encontrar palabras que dan justa cuenta de esa realidad.

Laura Giordani ofrece en *Noche sin clausura* una escritura destilada, exigente, hermosa, para enfrentarnos a la aventura y la responsabilidad de estar vivos. La autora convierte la presencia en palabras, y así nos hace presente el mundo. El cuerpo y las cosas, lo que palpita y su horizonte, el mirar y lo mirado, son objeto de su investigación poética. Así, por ejemplo: el corazón y los ovarios, el vientre y las mejillas, unos girasoles, una bolsa de plástico. En el prólogo de este libro, la poeta Mariel Manrique afirma de Laura: «ejecuta una delicadísima tarea de arqueología, exhumando lo que debe tatuarse en la memoria». Su poesía quiere recordar, poner a salvo. Su poesía quiere, también, resistir y alertar. Nos dice en *Noche sin clausura*: «Que la indiferencia no cuelgue / en las pupilas / sus crisálidas de invierno / Que la repetición no seque / los pozos del asombro. / Que no se adelgace el ángulo / desde el que se contempla la infamia». Dice Laura: «Desde entonces

ha sido caminar sobre la nieve sucia. / Desde entonces, ver al perro moribundo en la cuneta, esquivarlo y acelerar para llegar pronto a casa». La poesía cuida de que la infancia y su asombro no se pierdan, y vela por que sigamos exigiendo la hora de la libertad, la de la fraternidad, la de la justicia.

Beatriz Viol nos acerca en este su primer libro, ganador del premio Gerardo Diego de poesía, un trayecto, un viaje: el de la vida. El jurado de este prestigioso certamen destacó que el poemario es «una metáfora de la soledad transformada en territorio, una obra que aúna claridad y misterio y ofrece una hermosa descripción de la orfandad». Andar, nos transmite Beatriz, es andar perdida y a la vez buscando el camino. *Los mapas perdidos* nos conduce, nos traslada, nos lleva de la mano en una deriva lúcida, pero a la par enigmática: todo se resuelve, nada se agota, el misterio permanece. «Vine a explorar el naufragio. / Las palabras son intenciones. / Las palabras son mapas. / Vine a ver el daño causado / y los tesoros que perduran», escribió Adrienne Rich. Estamos en un permanente cruce de caminos. Intentamos entender(nos) en nuestro extravío. Dice Beatriz que buscamos «un regazo que nos calme, / una voz que nos quiera». Dice: «En los cuerpos hay un grito, / amarrado a la sangre, / que no sabe salir». Decisivas compañías, experiencias trascendentes, epifanías, nos consuelan; la soledad y el miedo nos siguen como una sombra. Historias, lugares. Tránsitos. «Le pilló desprevenida la vida / le estaba estallando / entre las manos», nos dice la autora, y quien está leyendo quiere continuar leyendo, absorbido por el viaje.

Hay versos que pueden acompañarnos en el camino, hay versos que pueden ayudarnos a vivir. Poema a poema se van salvaguardando pedacitos de mundo y de esperanza, poema a poema se va construyendo un tiempo nuevo en palabras a las que se vuelve una y otra vez: el poema dice mucho, tiene inacabablemente cosas que decir. Con delicadeza y audacia, con respeto al lenguaje, con verdad. Debemos recordarlo: que el capitalismo y sus lógicas no nos hagan aplazar o perder el sentido y la sensibilidad. ●

Habitaciones de servicio. Cama adentro

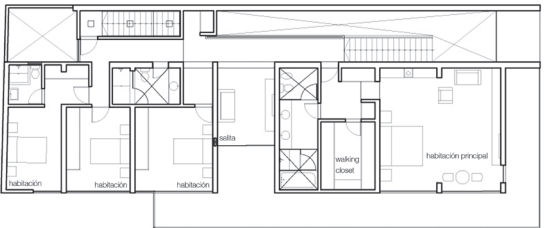
Daniela Ortiz



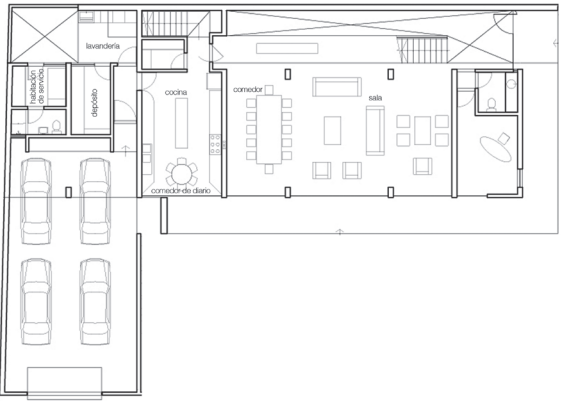
CASA LA ENCANTADA
JAVIER ARTADI
ARTADI ARQUITECTOS

La reciente mención de las trabajadoras del hogar dentro de las leyes peruanas omite la licencia por maternidad o el permiso de lactancia; la Ley 27986, en sus artículos 14 y 15, no olvida señalar que existen trabajadoras *cama afuera*, o que no tienen obligación de vivir en el hogar en el cual trabajan, y trabajadoras *cama adentro*, que son aquellas que viven en el hogar en el que trabajan. «En el caso de la modalidad “cama adentro” el empleador se encuentra en la obligación de proporcionar alimentación y/o alojamiento de acuerdo al nivel socioeconómico del empleador». Más allá de que la Ley permite e incentiva que la trabajadora viva dentro de su centro laboral, deja la decisión sobre las condiciones de su espacio vital al «nivel socioeconómico de su empleador». Esto se transforma en una situación compleja al observar que, en general, las habitaciones destinadas a las trabajadoras dentro de las viviendas de la clase alta peruana son espacios mínimos para ubicar una o dos camas y que muchas veces no cuentan con ventilación o luz natural.

La habitación de servicio es un espacio reducido en donde la o las trabajadoras podrán descansar y además desaparecer del plano visual dentro del hogar cuando no están al servicio del empleador/a, ya que por lo general esta habitación es ubicada al final de la vivienda, después



Ubicación La Molina - Lima Año 2010



HABITACIÓN DE SERVICIO
5,2 m²

del salón, lejos de la habitación principal, tras pasar el comedor y después de la cocina en un lugar denominado «área de servicio», junto con la lavadora, las escobas y el trastero. En este entramado no solamente cabe la responsabilidad del empleador/a, sino también la del arquitecto encargado del diseño de la casa, siendo éste el profesional que podría entablar un mínimo de responsabilidad social al decidir sobre el espacio vital de la trabajadora del hogar.

El proyecto *Habitaciones de Servicio* plantea un análisis arquitectónico de casas pertenecientes a la clase alta limeña mediante un señalamiento de esta habitación en comparativa con las dimensiones de los demás ambientes de la casa. El estudio ha sido realizado basándose en casas construidas entre los años 1910 y 2012, cuestionando la responsabilidad de los arquitectos autores de estas casas en donde se realiza un

De recuerdos y revueltas.

Crónica de un amanecer

Eduardo Romero

I

Desde el tren que circula entre Madrid y Oviedo aún se puede disfrutar, entre túneles, de la montaña que precede al final del viaje. La siempre urgente necesidad de ir cada vez más rápido nos privará en breve de este trayecto: la variante de Pajares agujerea definitivamente las montañas para dejarlas atrás en un breve cuarto de hora a lomos de un Tren de Alta Velocidad.

Hoy sin embargo el viaje entre Madrid y Oviedo dura todavía cuatro horas y media, casi cinco. El tren ha salido a las once de la mañana. En contraste con la habitual placidez del trayecto —gente leyendo, tecleando, dormitando—, la mañana en este tren es particularmente escandalosa. En la cafetería del mismo, casi siempre silenciosa y semivacía, media docena de jóvenes, todos ellos vestidos de blanco y ataviados con unos tirantes rojos, engullen las primeras copas de una jornada que se prevé muy larga. La camaradería entre ellos se acrecienta a medida que el alcohol se va acumulando.

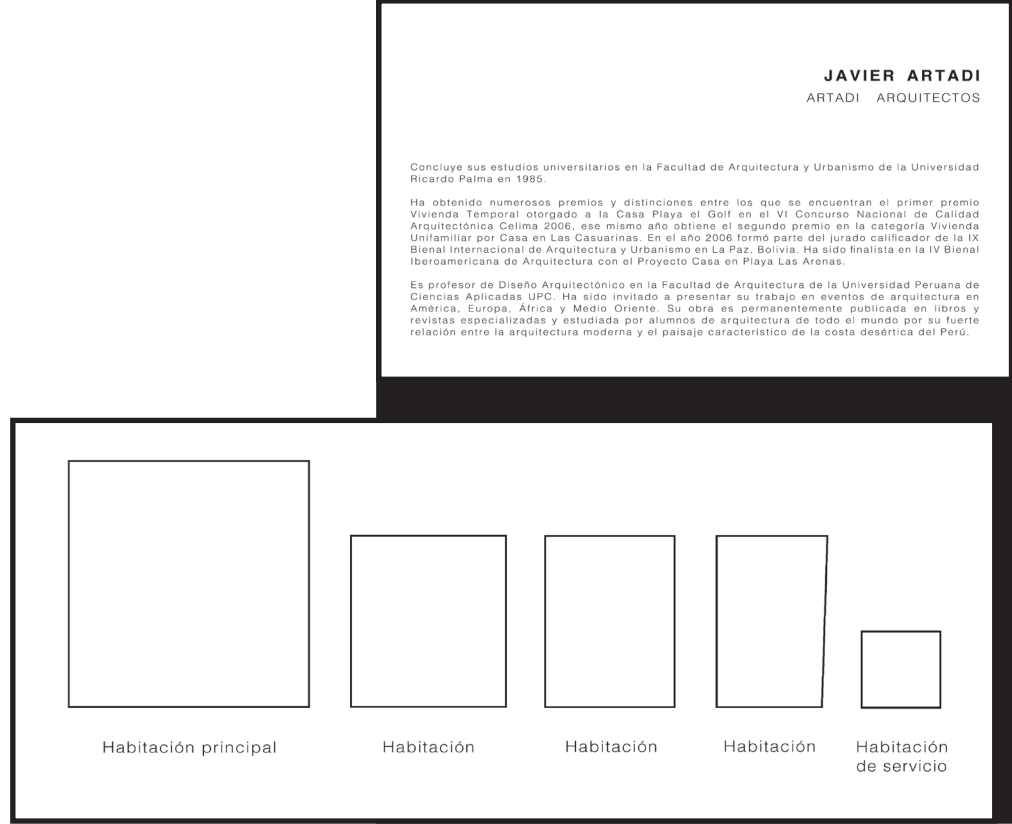
—¿Cuánto debemos hasta ahora? —preguntan al camarero más o menos a la altura de Palencia.
—Tendríamos que haber viajado en preferente, hay barra libre —señala uno de ellos.
—Setenta y ocho euros —les responde. Eso de la barra libre —añade, incómodo— no es exactamente así.

Las canciones, estridentes, comienzan a aflorar a medida que discurre el viaje, y las conversaciones, íntimas pero a voces, son necesariamente escuchadas por cualquier persona que permanece en el bar.

—Cuéntamelo, tío, que por algo somos amigos. Te la estás follando, ¿a qué sí? Y te gusta de verdad. Venga, dímelo —vocifera en el oído de su amigo, al que tiene medio abrazado, mientras acompaña sus preguntas con movimientos pélvicos.
—Déjame, déjame, que no sé qué hacer.
—Venga, tío, te las estás follando a las dos. Eres un grande —ahora ya le abraza completamente.

La conversación queda interrumpida por una nueva canción. Los jóvenes giran sobre sí mismos, con las copas alzadas:

*Ay qué ricos comiditas que me hacías
Ay qué guapa eras cuando te conocí
Ese lunarcito que tenías en la cara
Ha criado pelos ay cómo pincha el cabrón
Te casaste, la cagaste
Etc.*



Para más información sobre el proyecto:
www.habitacionesdeservicio.com y www.daniela-ortiz.com

despliegue de las capacidades técnicas y conceptuales de una arquitectura de vanguardia, dejando completamente de lado cualquier responsabilidad social de los arquitectos para proporcionar espacios igual de dignos a todos los habitantes de la casa. De esta manera el proyecto reúne a una serie de influyentes arquitectos peruanos que, además de ser los encargados de diseñar el espacio vital y de ordenamiento social de la clase alta, muchas veces se desenvuelven como profesores y hasta rectores de las facultades de arquitectura peruanas, transmitiendo así, consciente o inconscientemente, su falta de responsabilidad social a las nuevas generaciones de arquitectos/as. ●

II

Al lado de la cama se arrugan un pantalón y una camisa que, si alguna vez fueron blancos, ahora lo disimulan bien, entre marcas de pisadas y restos de vómitos. Sobre ellos, un par de tirantes de color rojo. El tipo que yace sobre la cama, como un saco, no se ha movido desde que, al amanecer, Hope logró que entrara a trompicones por la puerta de la habitación y le empujó hacia la cama sin que se cayera al suelo. Antes de que impregnase del todo las sábanas con su ropa, ella misma se la fue quitando y tirándola a un lado.

Sentada en una incómoda silla, trata de dormir un poco; ve al tipo frente a ella, y recuerda la escena de la noche anterior. La pandilla de jóvenes se comportó, más o menos, como es la costumbre. Cinco de ellos enseguida dejaron claro que no se follarían a la negra; el sexto, en cambio, no quería saber nada de ninguna de las otras mujeres del club, y solamente quería joderla a ella.

Hope estaba especialmente tranquila esa noche. Sabía, por experiencia, que aguantarían aún tres o cuatro rondas de copas, suficientes para ganarse un dinero y garantizar que esa noche el trabajo se acabaría acostando a un saco.

III

A miles de kilómetros de distancia, en la región del Delta del Níger –los antiguos *Oil Rivers*, ríos de aceite del colonialismo británico–, una mujer saca las manos de lo que debería ser su tierra, pero sus dedos se elevan impregnados de un fango negro y grasiento. Ha caminado durante horas en busca de agua potable, pisando sobre el entramado de tuberías que transportan el petróleo. Ahora se encuentra con que los vertidos –una vez más– han acabado con uno de los últimos pozos a los que tenía acceso.

La abuela de esta mujer bien podría haber sido la abuela de Hope. Rodeada de niñas y niños, apretujados a su alrededor, sus palabras pintaban un puñado de ríos de aguas cristalinas, rebosantes de una inmensa variedad de peces. Cantaba también a la tierra y su abundante alimento. Pero en los relatos de la abuela –piensa la mujer mientras mira sus manos petroleadas– se colaban también historias terribles, historias que anticipan esta maldición.

IV

A pocos kilómetros del club, una niña se despierta y se asoma a los recuerdos de su casa, una casa en la que nunca ha estado:

*¿sabes que en naiyiria hay una playa con una gran cascada?
sí y muchos marrones como mamá y yo
mañana voy a ir con mi mamá a naiyiria
puedes venir con nosotras si quieres
pero hay muchos marrones
y vivimos en una casa de paja
porque en naiyiria hace mucho mucho calor
y por eso nos tenemos que duchar con agua fría
la abuela Amnnawon no se quiere morir y todavía tiene dientes
y el abuelo sí se murió porque bebió un agua que tenía el veneno de una serpiente.*

A la misma hora, Hope se despierta sobresaltada por la bella imagen de unos manglares ardiendo a su alrededor, y pugna contra sus recuerdos.

En el mismo amanecer, tres mujeres corren a ocultarse entre esos mismos manglares. A su espalda se eleva el humo del oleoducto que acaban de reventar. ●

No existe el infinito, pero sí el instante:
abierto, atemporal, intenso, dilatado,
sólido; en él un gesto se hace eterno.

Chantal Maillard

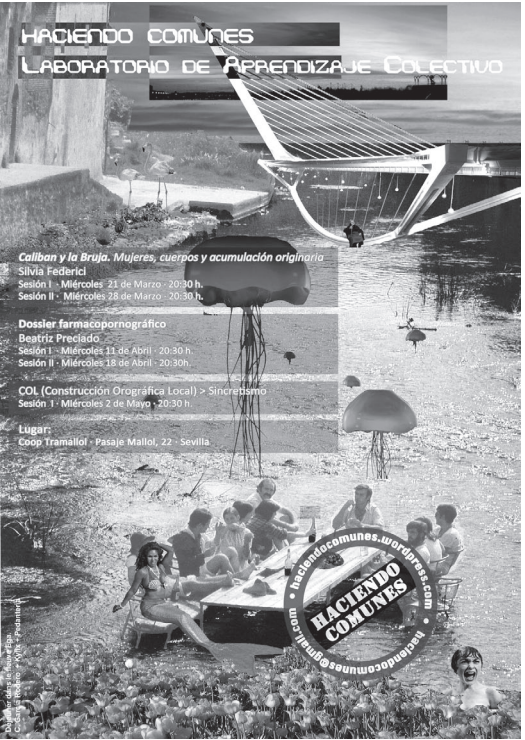
Paisajes políti- cos

Celia García López

Alguien dijo: *sois bien recibidos, participamos de la misma lucha, pero no olvidemos, no olvidemos que nosotras venimos de historias de dobles y triples traiciones. Y es mucho el trabajo que hemos hecho para que podamos decir esto sin miedo y aquí.*

La primavera estaba a punto de llegar, Andalucía occidental. En la primera sesión si nos contábamos en la sala éramos unxs treinta. Hacía meses que andábamos un grupo de cinco intentando hacer algo para pensar en común. Lo llamamos Haciendo Comunes¹. Lo llamamos Laboratorio de Aprendizaje Colectivo. ¿Por qué no lugar de experimentación, pensamiento, juego y compromiso? ¿Por qué no, y también, todo lo que se queda fuera? Sin idealizaciones, pero ahí.

Pensar en los cuidados, en hacer espacios blandos, en generar dinámicas que no produzcan jerarquías invisibles, pensar en las metodologías. De la nebulosa a los cúmulos, de los cúmulos a la cartografía. Crear un lugar donde toda la gente ahí reunida se sintiera con la suficiente confianza para decir, para decir/hacer, para hacer/decir, para callar. Los conflictos en el centro, a qué tanto miedo a las diferencias; los negociamos respetando el miedo, a veces no. Incesante proceso de aprendizaje. Después del estreno, pensamos: *comenzó la aventura, ya no se puede parar*. Quedaban tres meses y medio. LAC I: de marzo a mayo, de mayo a marzo.



¹ Haciendo Comunes/Laboratorio de Aprendizaje Colectivo fue una iniciativa que comenzó en la primavera del 2012 en Sevilla. Tomando como punto de arranque la lectura de *Calibán y la Bruja* de Silvia Federici y algunos fragmentos de *Testo yonqui* de Beatriz Preciado, se intentó generar un espacio de pensamiento colectivo: heterogéneo, fragmentario, diverso. Los objetivos de este primer LAC fueron: detectar los mecanismos que el capitalismo ha usado para su continua perpetuación, así como la progresiva expropiación de los saberes de las mujeres, su continuo destierro al espacio doméstico y los distintos procesos de traición que padecieron... y cómo, todo esto, fue fundamental para la implantación definitiva del sistema capitalista; recuperar la noción de *común* para así pensar posibles salidas a la situación de precariedad y carencia –de todo tipo– a la que nos han ido abocando en los últimos años y crear herramientas útiles para la acción/reacción. haciendocomunes.wordpress.com

Cuando terminó la primera sesión nos dejaron una nota –llenamos Tramallol² de cartografías, de papeles donde ir viendo las cosas que

podíamos mejorar sesión tras sesión, un muro de lamentaciones y aplausos, un círculo donde valorar los cuidados–. La nota decía: «Quiénes sois, por qué hacéis esto. Gracias». Brindamos.

Unos meses antes:
CSOA La Huelga³, noviembre, Taller de Pedantería: *¿Por qué no Calibán y la Bruja?, ¿Por qué no, incluso, un poco de Beatriz Preciado? Mucha gente en distintos espacios de la ciudad está trabajando en esta dirección, y puede ser una buena oportunidad para...* De abajo hacia arriba. Entender el proceso potencia la acción (muchas horas pensando cómo y por qué). Testar

² Tramallol *dixit*: «es una cooperativa de iniciativas profesionales interconectadas en un espacio de 611 metros cuadrados. Es un lugar de actividades híbridas, para fomentar las tareas de cada cual desde el apoyo mutuo levantando un lugar a la medida de nuestras necesidades y a la altura de nuestros deseos» (www.tramallol.es).

³ El Centro Social Okupado Autogestionado La Huelga se encontraba en Sevilla, en la calle Muro de los Navarros, 38. Fue desalojado en el mes de mayo de 2012. Siguen haciendo (www.csoalahuelga.org).

Testar qué sucede en las ciudades, qué interesa, qué nos interesa. Saber de la necesidad de generar espacios donde pensar en común; no dejar de señalar lo importante de los mismos, por lo menos, hasta que nos acostumbremos, hasta que nos desacostumbremos de lo otro. Generar mosaicos políticos.

qué sucede en las ciudades, qué interesa, qué nos interesa. Saber de la necesidad de generar espacios donde pensar en común; no dejar de señalar lo importante de los mismos, por lo menos, hasta que nos acostumbremos, hasta que nos desacostumbremos de lo otro. Generar mosaicos políticos. La red se extiende, se visibilizan los vínculos, se confía de nuevo⁴.

Segunda sesión: la gente mira expectante. Nosotrxs estamos cansadxs. El grupo se va conformando poco a poco. Cuando terminamos y vamos a tomar una cerveza, alguien dice: *A mí nunca me había pasado esto, nunca había estado en una cosa como ésta. Me gusta mucho*. Algunxs no vuelven. Siempre más mujeres que hombres (mujeres, biomujeres, postmujeres, transmujeres; abuelas y madres, de éstas siempre más), nos gustó. Pasaron las cinco sesiones, también la semana santa y la feria, acabamos esta primera fase el 2 de mayo, luego una fiesta, la última de La Huelga; concurso de conjuros, quemada, azufre y comunión. También y mientras tanto, las ciudades seguían fluyendo, ¡claro! Fluyendo sin descanso, de forma bella y trágica. Y es que, se nos antoja, que en cuanto la mirada se detiene y mira más allá, encontramos que brotan sin cesar los paisajes del deslumbrante desconcierto, de la incertidumbre y de la alegría, ¿no os parece? 🌀

⁴ Señalo como espacio cómplice e imprescindible en todo el proceso del LAC La Fuga Librerías. Lugar de encuentro y de conexión. Nodo vital en la ciudad. Aquí la web: www.nodo50.org/lafuga/

Quando cuidar el paisaje es cuidar la vida...

Equipo de redacción

La cuestión de la tierra

Cuenta Mariarosa Dalla Costa que, estudiando la división sexual del trabajo y adentrándose en los procesos de globalización neoliberal, enseguida llegaron a *la cuestión de la tierra*. La tierra fue un elemento central en las políticas de ajuste estructural que lideraron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en los años 80’ y 90’: debía tener un precio –no podía ser libre o comunitaria–. Como subrayó Marx¹, la expropiación de la tierra es el fundamento del desarrollo capitalista. Y sigue siéndolo...

La historia reciente de la expropiación de la tierra ha contado con la llamada Revolución Verde –caracterizada por el fomento del monocultivo y el empleo masivo de químicos e híbridos– y con la violenta alteración de la biodiversidad a través de las mutaciones genéticas (OGM). La humanidad depende cada vez más del dinero para la obtención de alimento. Un alimento industrial, no fresco, empobrecido y, muchas veces, ajeno a la cultura propia. Esta dictadura alimentaria, al servicio del beneficio de las multinacionales, tiende a crear una población más dependiente y vulnerable.

Las resistencias campesinas e indígenas a estas políticas empezaron a reivindicar la *soberanía alimentaria* como derecho fundamental de los pueblos. Pero también nos aportaron otro imaginario y otro modo de sentir la tierra.

Si en el Sur la cuestión de la tierra se planteó sobre todo en relación con el problema del hambre, en el Norte fueron unos alimentos cada vez más productores de enfermedad y muerte los que ocuparían un lugar central. Poco a poco, la reflexión sería la misma: necesitamos reapropiarnos de unos alimentos sanos, sabrosos y culturalmente apropiados. Y para ello es imprescindible una agricultura respetuosa con la tierra y sus ciclos vitales.

Las mujeres –responsables históricas de la reproducción de la vida– se encuentran ahora, junto a otros movimientos, en la lucha por salvaguardar la tierra. La autora destaca tres motivos:

¹ Y como profundizó siglos más tarde desde una mirada feminista Silvia Federici, compañera de luchas de Mariarosa Dalla Costa. Ver FEDERICI, S. (2010), *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños.

² Mientras otras mujeres, las mujeres migrantes, ocupan nuestro lugar en los países occidentales en el trabajo de cuidados, no resolvemos el problema de su reparto.

Mariarosa Dalla Costa, además de proponer un reparto equilibrado de los cuidados entre hombres y mujeres, aboga por reducir drásticamente la jornada laboral, es decir, por un reparto de todo el trabajo.

- 1) Garantizando el acceso a la tierra y a su cultivo se abre la posibilidad de atajar el hambre en el mundo y, por lo tanto, también de evitar la expulsión de poblaciones que, como en el caso de las mujeres inmigrantes que ocupan un lugar fundamental en el trabajo de cuidados en los países occidentales, contribuyen a crear falsas soluciones a los problemas de reproducción².
- 2) Sólo de una agricultura respetuosa con los ciclos de la tierra podemos obtener alimentos saludables. Conseguir y preparar los alimentos sigue siendo una de las tareas básicas del trabajo de reproducción; que reivindiquemos un reparto justo de éste no elimina la preocupación ética por no dar alimentos envenenados.
- 3) Si históricamente las mujeres hemos reivindicado la reapropiación de nuestro propio cuerpo, no sólo con respecto a la sexualidad y la procreación, sino como cuerpo creativo y deseante, en la actualidad, el derecho a las emociones y sensaciones está igualmente presente en un movimiento campesino que rechaza la fealdad de la destrucción del paisaje, la privación de las sensaciones que genera el campo, la supresión de los sabores y, por lo tanto, de los saberes, es decir, que reivindica el derecho a la creatividad y a la belleza.

DALLA COSTA, Mariarosa (2006), «La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguarda de la vida». En LABORATORIO FEMINISTA, *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista*, Madrid, Tierradenadie Ediciones, pp. 59-78.

Soberanía alimentaria y consumo responsable

¿Qué es la *soberanía alimentaria*? El derecho de los pueblos a decidir cómo producir y distribuir sus propios alimentos, garantizando la alimentación a todas las personas. Este derecho se sostiene en el trabajo de los pequeños y medianos productores y productoras que mantienen la producción de especies autóctonas, basándose en los conocimientos tradicionales y en el sostenimiento de la biodiversidad.

La producción ecológica, local, de cercanía, es no sólo viable sino la única que nos asegurará un futuro sostenible para el medio.

Consumir de forma responsable tiene que ver con decisiones que tomamos cada día: dónde compramos, qué tipo de productos, de dónde vienen, cómo han sido producidos, por quién y en qué condiciones...

ARCE, María; GONZÁLEZ, Íñigo; MARTÍNEZ, Eva y TARANCÓN, Marina (2011), *Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones*, Oviedo, Cambalache.

Sobre ecofeminismos

A pesar de la gran heterogeneidad existente, se pueden señalar algunos aspectos comunes a todo el pensamiento ecofeminista: por un lado, la aplicación de la perspectiva de género al problema de la crisis ecológica; y, por otro, la conexión entre la dominación de las mujeres y la dominación de la naturaleza como cuestión central. A su vez, uno de los aspectos más relevantes del ecofeminismo es la revisión crítica del proceso de desarrollo de la ciencia y la tecnología occidentales.

«Frente a las dicotomías clásicas en el pensamiento occidental: naturaleza/cultura, masculino/femenino, mente/cuerpo, se propone un nuevo concepto de lo humano más abarcador, que integre sin rupturas todas sus dimensiones e incardine al ser humano en el mundo natural, al que nunca ha dejado de pertenecer. Esta perspectiva inaugura una nueva noción de existencia humana arraigada en lo orgánico, absolutamente vinculada a lo vivo. Se trata de situarse a la altura de la naturaleza, no por encima de ella, y adoptar nuevas actitudes de asociación y cuidado hacia todas las formas de vida. A partir de esta recontextualización de la existencia y la espacialidad del mundo se plantean nuevos modos de libertad basados en la interdependencia entre ser humano y naturaleza».

FERNÁNDEZ GUERRERO, Olaya (2010), «Cuerpo, espacio y libertad en el ecofeminismo», *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, nº 27, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.

Estación de Kenitra, un minuto de parada*

Laura Casielles

En este mundo caminamos
por el tejado del infierno, contemplando
las flores.
ISSA

El tren dribla (ululando, bufando, a empujones)
mulas, carros, niñas que arrastran hermanos a la escuela
por la vereda.

Fuera, el paisaje, es cierto:
pléyades de eucaliptos foráneos arañando el vientre del bosque,
un río sucio de excesos y una inmensa
fertilidad cautiva bajo el cultivo extensivo de corcho.

Pero dentro, la realidad exige
atención y energía:
una mujer ha entrado
y te posa en el regazo un niño sucio.
El niño chupa, tenaz, un cuerno de pan,
lo desmiga en tus manos.

En la próxima estación sube tanta, tanta gente.

Fuera, el paisaje, es cierto: pueblos
que se vuelven invisibles cuando cae la noche
y al fondo un mar que ha visto extinguirse al atún rojo.

Dentro, un inmenso calor nos va sumiendo en un trance sin dioses.
El hombre del carrito trae té en termos y refrescos extranjeros.

Fuera, el paisaje es cierto:
ciento setenta y cinco aerogeneradores de última generación
aprovechan el viento que deja sin techo las casas en la estación de lluvias.

Pero dentro, la realidad asombra
a los genios del *management*:
tres hombres han formado el equipo perfecto
para abrir en tiempo récord una ventana.
Hace menos calor.

* Este poema pertenece
al libro *Las señales que
hacemos en los mapas*
(inédito).

Fuera, el paisaje:
familias que se han reunido a merendar debajo de los olivos.

Mientras, dentro,
la ternura ha ganado una partida:
ha entrado un hombre joven con un bebé en los brazos.
Se ha puesto a cantar, en voz alta, una nana de amor.
Todos le miran.
Él tiene los ojos cerrados.

Pronto este trayecto será cubierto
por una línea extranjera de alta velocidad.

Te dices que es urgente decidir
hacia qué lado queremos tratar de inclinar
la balanza de las palabras.



Job Sánchez

Paisajes fílmicos.

Material sensible a la luz

Isabel Alba



Fotografía | Isabel Alba

Hacer una película significa exponer material sensible a la luz¹.
Ken Loach

«Una fotografía tiene dos dimensiones, la pantalla de un televisor también, ni la una ni la otra pueden recorrerse. De un lado a otro de la calle, doblados o arqueados, los pies empujando una pared y la cabeza apoyada en la otra, los cadáveres, negros e hinchados, que debía franquear eran todos palestinos y libaneses. Para mí, como para el resto de la población que quedaba, deambular por Chatila y Sabra se parecía al juego de la pídola. Un niño muerto puede a veces bloquear una calle, son tan estrechas, tan angostas, y los muertos tan cuantiosos. Su olor es sin duda familiar a los ancianos: a mí me incomodaba. Pero cuántas moscas. Si levantaba el pañuelo o el periódico árabe puesto sobre una cabeza, las molestaba. Enfurecidas por mi gesto, venían en enjambre al dorso de mi mano y trataban de alimentarse ahí»².

El texto es de Jean Genet. Lo escribió en Beirut, en 1982, pocas horas después de las matanzas de Sabra y Chatila.

Un paisaje es una porción de terreno visto desde un punto. Pero el sujeto que mira no lo hace desde cualquier lugar. Se sitúa para mirar. Este posicionamiento del sujeto frente al objeto, del que el mismo objeto es cómplice, se revela en el paisaje. Un paisaje es, pues, un resultado del que participan el sujeto que mira y el objeto de su observación.

El paisaje que Jean Genet describe con palabras manifiesta a la vez el horror del que ha sido testigo y su posición ante ese horror.

En una secuencia de la película *La mirada de Ulises*, de Theo Angelopoulos, la niebla vela un paisaje. Durante un paseo por el bosque, se extiende poco a poco hasta apartar de la vista a los personajes. Solo nos llegan sus voces, los sonidos con toda su carga dramática. La pantalla, indiferente, permanece en blanco. Impasible ante un destino que no es fruto del azar sino de las decisiones humanas. Theo Angelopoulos destapa el espanto que no se quiere ver quitándolo de delante de los ojos. Nos obliga a presenciarlo escamoteándonoselo a nuestra mirada.

La primera pregunta es la pregunta por la realidad. El sujeto que mira está impelido a una confrontación. Es la realidad lo que enfrenta, y su disyuntiva es, siempre, desde dónde acometerla. Puede ignorarla. Lo que no puede es esquivarla. La primera pregunta es la pregunta por la realidad.

Elegir la posición es definir el paisaje.

Jean Genet sabe que la muerte en Sabra y Chatila no puede filmarse. Encuadrada por la cámara adquiriría un poder perverso. Movería a la simpatía por las víctimas. Incitaría a la compasión. Después, viene la indiferencia. Genet no está dispuesto a ser indulgente. No transige. Quiere dejar constancia de la brutalidad de Sabra y Chatila. Se lo debe a los muertos. No acepta que los muertos se borren. Por eso huye de la imagen. Se decanta por la palabra. La palabra perpetúa el paisaje. El paisaje es real.

«Al principio fue el viaje»³. Los ojos que descubren un paisaje son los ojos de quienes viajan. «Para mí al comienzo está el viaje»⁴, dice Theo Angelopoulos en una entrevista y en otra añade: «Es la mirada la que lo ha retenido todo. Los cineastas no podemos trabajar sin los ojos»⁵. Retener para contar. Mirar y preservar. Relatar. El viajero posiciona la cámara. Sus ojos no son inocentes. Saben hacia dónde mirar. La película es la mirada del que viaja. Su relato del viaje.

La mirada construye el paisaje.

Ulises recorre Europa. Los paisajes que afrontan sus ojos son muchos. La cámara los ilumina. Pero hay uno que no se le somete. Angelopoulos no puede arriesgarse a que la cámara, al enfocarlo, lo transfigure, le haga perder su fuerza delatora. Y así, precisa filmar en blanco. Es la ausencia la que alumbra el paisaje. La ceguera del blanco es el lugar que escoge para hacerlo emerger. El paisaje es real.

¹ DE GIUSTI, Luciano (1999), *Ken Loach*, Bilbao, Ediciones Mensajero, p. 7, cita procedente de SILVESTRE Roberto (1995), *Un pool di occhi puliti, Cinema & Libertà*, Roma, Edizioni Minimum Fax.

² GENET, Jean (1984), *Cuatro horas en Chatila*. Traducción de Antonio Martínez Castro para CSCAweb (www.nodo50.org/csca).

³ SEFERIS, Yorgos, poema citado por Theodoros Angelopoulos en *La mirada de Ulises* (1995).

⁴ MUÑOZ, Abel (2011), «Entrevista a Theo Angelopoulos», *La tempestad, Blog Intermedio*.

⁵ CHESSA, Alberto (2008), «Para endulzar el tiempo que pasa, entrevista a Theo Angelopoulos», *Minerva*.

⁶ SONTAG, Susan (2003), *Ante el dolor de los demás*, Madrid, Editorial Alfaguara, p. 57.

⁷ BERGER, John (1996), «Distancia», en *Páginas de la herida*, Madrid, Colección Visor de poesía, Editorial Alfaguara, p. 119.

«Encuadrar es excluir»⁶, dice Susan Sontag. Pero encuadrar es, también, incluir. Hacer visible lo invisible. Devolverle su sitio a lo que está y no se ve. Retornar a su lugar lo que se ha arrinconado. Encuadrar es un acto de resistencia.

⁸ BERGER, John (1996), «Poemas de emigración», en *Páginas de la herida*, Madrid, Colección Visor de poesía, Editorial Alfaguara, p. 132.

El cometido de la cámara es hacer tangible el paisaje.

Lamerica de Gianni Amelio. Un barco surca las aguas del Adriático. Los migrantes se amontonan, invisibles, en cubierta. Sólo la nave, rodeada por el vasto océano, está presente en el paisaje. Repleto y vacío. No hay rastro humano. Se pierde en la distancia de los números. Entonces, la cámara destruye el paisaje. Lo aniquila. Lo hace pedazos. De sus fragmentos, surgen los rostros. Las caras. Una a una. Todas las caras. Y, cómplices, devuelven la mirada al sujeto que las filma. Nos miran directamente a los ojos: «¿Y adónde iremos mañana?»⁷. «De horizontes me fabrico una hamaca»⁸. El paisaje se ha deshecho. En su lugar, hay mujeres y hombres. Ahora la nave es una promesa. La cámara no puede ser más explícita.

Un paisaje es una fracción de terreno que se avista desde un lugar. Pero los ojos no son inocentes. Se posicionan al mirar. Retener para contar. La primera pregunta es la pregunta por la realidad. Encuadrar es la decisión primigenia. ●

Tres breves notas al texto:

Theo Angelopoulos falleció en enero de 2012. Lo atropelló accidentalmente una moto conducida por un oficial de policía mientras rodaba en Atenas su última película *El otro mar*. El filme versaba sobre la situación económica y social actual de Grecia.

El dieciocho de septiembre de 2012 se cumplía el trigésimo aniversario del asesinato de 3.000 refugiados palestinos, en su mayoría ancianos, mujeres y niños, en los campos de Sabra y Chatila por las falanges cristianas libanesas con la complicidad y el apoyo del ejército de Israel. *Una lección de esperanza en las masacres de Sabra y Chatila*, de la Dra. Ang Swee Chai, mantiene viva su memoria. www.rebelion.org

Mientras escribía estas líneas, el gobierno español vulneraba la Ley de Extranjería y sus compromisos internacionales con respecto al derecho de asilo de las personas migrantes y procedía a la expulsión de setenta y tres mujeres y hombres del islote Tierra. La Guardia Civil los entregaba a las autoridades marroquíes cuyas fuerzas de seguridad han sido denunciadas reiteradamente por malos tratos y que, sin duda, los habrá abandonado a su suerte, como otras veces, en la frontera con Argelia, en mitad del desierto.

Personaje anónimo (de la serie de micro-cómics Personajes #7 anónimos)

Susanna Martín



Este *Personaje anónimo* #7 forma parte de la serie de microcómics Personajes Anónimos que llevo creando desde 2011. Voy a autopublicarlos próximamente en un fanzine con el mismo título.

Para el concepto de microcómics me baso en los microrrelatos. Pretendo una construcción narrativa gráfica distinta al tradicional lenguaje del cómic. Quiero abrir infinitas posibilidades que completen la historietta, pero quiero que eso lo haga la persona lectora. Por eso también juego con el anonimato de los personajes y su carencia de marca de género.

Blogs:
<http://susannamartin.blogspot.com>
<http://mystorycomic.blogspot.com>

Paisajes sonoros

Lorena Fioretti

La Isla desierta es una interesante obra que ya lleva en Buenos Aires más de 10 años; es una adaptación de un famoso texto del escritor Roberto Arlt: el relato de un hombre que es capaz de salir del mundo de la oficina para viajar... Nunca sabemos si sus relatos son ciertos, pero podemos pensar que gracias a esa imaginación es posible abrir una grieta en el monótono mundo que presenta la narración. Pero, ¿cuál es la particularidad de la obra? Que está representada por actores no videntes y que nos invitan a disfrutar su propuesta desde esta perspectiva: la obra transcurre en la más dolorosa oscuridad, hasta que descubrimos los otros modos de acercarnos al nuevo paisaje mediante los sonidos, los olores, las sensaciones térmicas y dérmicas, el contacto.

La experiencia que acompaña este texto fue una interrupción en el modo de leer la realidad; supuso un salirse «de nosotras mismas» para poder asomarse a la nueva situación desde otras sensibilidades. Fue una experiencia en la que descubrimos nuestra dependencia de la visión y el olvido en el que se encuentran los otros sentidos, no porque no los utilicemos sino porque muchas veces no somos conscientes de lo que ellos transmiten, la variedad de contactos que posibilitan.

En un mundo eminentemente visual, o frente a lo que algunos teóricos llaman un exceso de imágenes, ¿qué pasa con los otros sentidos? Hoy nos interesa preguntarnos por la escucha. Y entonces, ¿cómo podemos llamar al espacio que nos rodea y que escapa a las redes de la visión, a ese contexto en el que estamos inmersas y que sólo es percibido por el oído? La expresión *paisaje sonoro* remite a las vibraciones físicas del sonido, a la forma en que las oyentes interpretan un entorno sonoro como parte de un sistema dinámico de intercambio de información.

¿Cómo podemos pensar estos *paisajes sonoros* desde el feminismo? ¿Se trata de escuchar lo que permanece en silencio? ¿O se trata de otro modo de la escucha? Quizás ambas cosas. Habría que estar *a la escucha*, abiertas, dispuestas a eso que vibra a nuestro alrededor, a esos sonidos que hemos naturalizado y que por ello casi no escuchamos, prestarles atención para reconocerlos y así poder interpretarlos. ¿Qué nos dicen esos sonidos? Los coches en la calle,

el canto de los pájaros, el ladrido de los perros, las risas cómplices de las vecinas, los ruidos de las fábricas, los pasos apurados, el bastón de los abuelos y las abuelas que repiquetea en la acera, las alarmas, las voces de las niñas y los niños que a pesar de todo encuentran un espacio para seguir jugando, palabras en otras lenguas que no entendemos, el violín gitano que suena por unas monedas, música andina en la cuadra siguiente, ahora manifestaciones, cánticos reivindicatorios; sonidos que nos hablan del ritmo que impone esta cultura, de los lazos que describe el capitalismo, de los movimientos migratorios, de la vida, quizás. Y a menudo, la falta de silencio. Estar atentas a estas señales tal vez nos permita detenernos para mirarnos y así poder transformar-nos. Pero también para reconocernos en esos sonidos, sabiendo de aquellos que producimos, que nos gustan, que nos molestan, etc.

La escucha es uno de los sentidos que no podemos cerrar a discreción, escapando así a nuestra voluntad: quizás por ello sea uno de los modos de conexión con lo exterior que es necesario volver a pensar. ¿Y si prestáramos oídos a eso que comúnmente no solemos? ¿Con qué nos encontraríamos? ¿Cómo sería un mundo en el que hubiese espacio y tiempo para detenernos a escuchar los sonidos que nos rodean? Posiblemente todo un panorama de matices se abriría frente a nosotras, complejizando nuestras vivencias, enriqueciendo nuestros andares, revolucionando nuestros sentires. 🌀